



COMIENZA A LEER...

PERCIVAL EVERETT



Mi diario es un asunto privado, pero como ignoro el momento en el que me llegará la muerte y puesto que, por desgracia, no me siento inclinado a considerar seriamente mi autoextinción, me temo que estas páginas las verán otros. Y ya que, de todos modos, entonces estaré muerto, no debería importarme demasiado quién las vea o cuándo. Me llamo Thelonious Ellison. Soy escritor de narrativa, afirmación que me atormenta cuando pienso que alguien dará con mi relato y lo leerá, pues siempre me han disgustado profundamente los relatos con escritor de protagonista. Así que reclamaré para mí otro papel, uno que, si bien no sustituya al primero, sí lo complementa, y será el de hijo, hermano, pescador, aficionado al arte, carpintero. Y aunque no sea por otro motivo, me quedo con esta última ocupación, que tantos callos me ha provocado, por la vergüenza que le causaba a mi madre, quien, durante años, se refirió a mi furgoneta como «el familiar». Soy Thelonious Ellison. Llamadme Monk.



Tengo la piel oscura, el pelo rizado y la nariz ancha; algunos de mis antepasados fueron esclavos, y en New Hampshire, Arizona y Georgia he sido arrestado por policías de piel lechosa, y por eso la sociedad en la que vivo me dice que soy negro; mi raza es ésa. Aunque soy bastante atlético, no juego bien al baloncesto. Escucho a Mahler, a Aretha Franklin, a Charlie Parker y a Ry Cooder en discos de vinilo y CD. Me licencié *summa cum laude* en Harvard y odié todos y cada uno de los minutos de mi carrera. Se

me dan bien las matemáticas. No sé bailar. No crecí en una ciudad del interior ni en el sur rural. Mi familia tenía un bungalow cerca de Annapolis. Mi abuelo era médico. Mi padre era médico. Mi hermano y mi hermana eran médicos.

Si en la universidad me afilié al Partido de los Panteras Negras, que entonces ya estaba en las últimas, fue, sobre todo, porque me sentía en la obligación de demostrar que era lo bastante *negro*. Algunas personas que viven en la sociedad en la que yo vivo y a las que se describe como negras me dicen que no soy lo bastante *negro*. Algunas personas a las que la sociedad califica de blancas me dicen lo mismo. Lo han dicho de mis novelas editores que las han rechazado y críticos a quienes, según parece, he dejado perplejos, y también lo oí en un par de ocasiones en una cancha de baloncesto cuando, al errar un tiro, mascullé: «¡Recórcholis!». De un crítico:

En la novela, hábilmente construida, encontramos personajes bien desarrollados, gran riqueza de lenguaje y un sutil juego argumental, pero a uno le resulta imposible comprender qué relación guarda esta reelaboración de *Los persas* de Esquilo con la experiencia afroamericana.

Una noche, en una fiesta en Nueva York, una de esas tediosas reuniones en las que gente que escribe se mezcla con gente que quiere escribir y con gente que puede contribuir a que los de una u otra categoría empiecen a escribir o sigan haciéndolo, un agente literario alto y bastante feo me dijo que yo podría vender muchos libros, bastaba con que me olvidara de escribir adaptaciones de Eurípides y parodias de postestructuralistas franceses y me dedicara a escribir las historias reales, crudas y auténticas, de la vida negra. Le dije que yo ya llevaba una vida negra, mucho más negra de lo que él podría llegar a llevar jamás, que ésa era la vida que había llevado y la que llevaría. El agente me dejó para ponerse a charlar con una novelista | performer emergente que no hacía demasiado había posado durante diecisiete horas seguidas delante de la residencia del gobernador disfrazada de esclavo negro y sosteniendo unas riendas, igual que una de esas figuritas de jardín; le dio un golpecito en una de las extensiones de trencitas que llevaba y, con el pulgar, señaló hacia atrás en mi dirección.

La dura y *cruda* realidad del asunto es que la raza era algo en lo que yo casi nunca pensaba, y las veces en que llegaba a pensar mucho en ello era porque me sentía culpable por no hacerlo. No creo en la raza. Creo que hay personas que me dispararán o me colgarán o me engañarán, o tratarán de detenerme, porque creen en la raza, por mi piel oscura, mi pelo rizado, mi nariz ancha o mis antepasados esclavos. Pero así es la vida.



Las sierras cortan la madera siguiendo la dirección de la fibra o a contrahilo. Si corta al hilo, la sierra de hender avanzará suavemente, pero si corta a contrapelo desgarrará la madera. Todo depende de la geometría de los dientes, de su forma, tamaño y disposición, de cómo se separan de la hoja. El dentado de los serruchos de través suele ser más pequeño que el de los de hender, cuyos dientes grandes cortan la madera rápidamente y están separados por huecos que al dejar pasar el serrín evitan que el serrucho se atasque. Los dientes de los serruchos de través abren una ranura más ancha, están inclinados hacia atrás y biselados formando ángulos gracias a los cuales el serrucho hace cortes en la veta y la hiende limpiamente.



Llegué a Washington para presentar una ponencia que no me entusiasmaba en el congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. Si me había decidido a asistir al encuentro no había sido porque sintiera una afinidad extraordinaria por la organización, sus miembros o sus objetivos, sino porque mi madre y mi hermana seguían viviendo en Washington, D.C., y ya habían pasado tres años desde mi última visita.

Mi madre había querido ir a buscarme al aeropuerto, pero me negué a darle los datos de mi vuelo y tampoco le dije en qué hotel me alojaría. Mi hermana no se ofreció a ir a recogerme. Es probable que Lisa no me odiara,

a mí, que soy su hermano pequeño, pero ya en nuestra más tierna infancia quedó claro, y todavía lo está, que no me tenía en gran consideración. Yo era demasiado frívolo para ella: vivía en un torbellino de conceptos abstractos, alejado del *mundo real*. Mientras ella se deslomaba en la Facultad de Medicina, yo pasaba por la universidad a cuerpo de rey, «sin abrir un libro». Una falsedad, sí, pero también una creencia a la que Lisa nunca dejó de aferrarse. Mientras ella arriesgaba su vida cada día cruzando piquetes para ofrecer a las mujeres pobres una atención médica que, si ellas lo deseaban, también incluía abortos, yo pescaba, aserraba madera o escribía novelas crípticas y densas, o daba clases de formalismo ruso a un puñado de mentes californianas en proceso de formación. Pero si conmigo se mostraba fría, con mi hermano, el cirujano plástico que vivía a todo tren en Scottsdale, Arizona, se mostraba helada. Bill tenía esposa y dos hijos, pero todos sabíamos que era gay. A Lisa no le caía mal por su condición sexual, sino porque la acumulación de riquezas era la única razón que lo había empujado al ejercicio de la medicina.

De vez en cuando yo fantaseaba con que mi hermana y mi hermano se sentían orgullosos de mí por mis libros, por mucho que les parecieran ilegibles y aburridos, meras curiosidades. Como mi hermano comentó en una ocasión mientras mis padres les cantaban mis alabanzas a unos amigos suyos, «aunque embadurnaras de mierda un lienzo dirían lo mismo». Eso yo ya lo sabía antes de que él me lo hubiera dicho, pero de todos modos la idea resultaba deprimente. Luego añadió: «No es que no estén en su derecho de sentirse orgullosos». Lo que nunca dijo, aunque se sobreentendía claramente, era que si bien estaban en su derecho de sentirse orgullosos de mí, no tenían motivo alguno. Entonces eso debió de importarme, porque sus palabras me irritaron. Ahora, sin embargo, a pesar de que llevaba cuatro años sin verlo, entendía a Bill y entendía lo que había dicho.

La conferencia se celebraba en el hotel Mayflower, pero como este tipo de encuentros me desagradaba y la gente que participaba en ellos me interesaba muy poco, reservé una habitación en una casa de huéspedes de Dupont Circle que se llamaba Tabbard Inn. La característica que más me atrajo del lugar fue la ausencia de teléfono en la habitación. Me registré,

deshice el equipaje y me di una ducha. Luego llamé a mi hermana a la clínica desde el teléfono de la recepción.

—Así que estás aquí —dijo Lisa.

No le hice ver cuánto mejor habría sonado un «así que por fin has llegado», sino que me limité a contestar «sí».

—¿Ya has llamado a mamá?

—No, supuse que a esta hora estaría haciendo la siesta.

Lisa emitió un gruñido con el que pareció asentir.

—Entonces ¿te recojo, nos acercamos a casa de mamá y sacamos a la vieja dama a cenar?

—Perfecto. Estoy en el Tabbard Inn.

—Lo conozco. Estaré ahí dentro de una hora.

Colgó antes de que pudiera responderle «adiós» o «estaré listo» o «no te molestes, vete al infierno». Pero eso a Lisa no se lo habría dicho. La admiraba demasiado y, en muchos aspectos, me habría gustado parecerme más a ella. Había dedicado su vida a ayudar a la gente, pero nunca estuve convencido de que la gente le gustara demasiado. La vocación de servicio la heredó de mi padre, quien, si bien se hizo rico gracias al ejercicio de la medicina, nunca quiso cobrar la visita a la mitad de sus pacientes.

El funeral de mi padre había sido un acontecimiento sencillo aunque muy concurrido, en Northwest Washington, un tanto simbólico. La calle de delante de la iglesia episcopaliana a la que mis padres nunca habían asistido estaba llena de gente; casi todos aseguraban, llorosos, que el gran doctor Ellison los había traído a este mundo, aunque la mayoría eran demasiado jóvenes para haber nacido cuando mi padre ejercía. Todavía no he sido capaz de entender ese espectáculo ni de asignarle algún significado.

XXX

Lisa llegó al cabo de una hora exacta. Nos abrazamos fríamente, como de costumbre, y salimos a la calle. Me subí a su coupé de lujo, me hundí en el cuero y dije:

—Bonito coche.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Un coche cómodo. Lujoso, bien equipado, que no es una mierda de coche, que es más bonito que el mío. ¿Tú qué crees que significa?

Hizo girar la llave en el contacto.

—Espero que estés preparado.

La miré, la observé mientras activaba el cambio automático.

—Mamá está un poco rara últimamente —dijo.

—Por teléfono parece normal —respondí, sabedor de que había dicho una tontería.

Mi papel, sin embargo, era ése: facilitar la transición de la queja sin importancia al anuncio de un Apocalipsis inminente.

—¿Crees que serías capaz de detectar algo durante esas llamadas de cinco minutos que tú llamas conversaciones?

Así las había llamado, efectivamente, pero ya no volvería a hacerlo.

—Se olvida de las cosas, le dices algo y al cabo de cinco minutos ya no se acuerda de que se lo has dicho.

—Es mayor.

—Eso es justo lo que te estaba diciendo. —Lisa aplastó la muñeca contra el claxon y luego bajó la ventanilla. Le gritó al conductor de delante, cuya manera de detenerse no había sido de su agrado—. ¡Come mierda y muérete, pólipio de colon!

—Tendrías que ir con cuidado —dije—. El tipo podría estar chiflado.

—Que lo follen. Hace cuatro meses, mamá pagó todos los recibos dos veces. Todos. Adivina quién se encarga ahora de los cheques.

Volvió la cabeza para mirarme, esperando una respuesta.

—Tú.

—Has dado en el maldito clavo, quien los paga soy yo. Tú estás en California, y Guapito de Cara pegando tajos en su carnicería del pueblo ese de mala muerte. Yo soy la única que está con mamá.

—¿Y Lorraine?

—Lorraine sigue ahí. ¿Dónde iba a estar, si no? Todavía trata de ir pillando algo de aquí y allá. ¿Crees que se quejó cuando mamá le pagó el

sueldo dos veces? Me tienen loca.

—Lo siento, Lisa. Esta situación no es justa.

No sabía qué decir; lo único que se me ocurría era ofrecerme a volver a Washington y mudarme con mi madre.

—Ni siquiera se acuerda de que estoy divorciada. Es capaz de recordar el menor detalle nauseabundo sobre Barry, pero de que se fugó con la secretaria no se acuerda. Ya verás. Lo primero que saldrá de su boca será: «¿Y Barry y tú? ¿Todavía no estáis embarazados?». Dios.

—¿Quieres que me encargue de algo de la casa? —pregunté.

—Sí, claro. Vuelves a casa y arreglas el radiador, y luego ella se acuerda durante los próximos seis años. «Monksie arregló la puerta que chirriaba. ¿Y por qué tú no haces nada? Con los estudios que te hemos dado ya podrías arreglar algo.» Tú no toques nada de esa casa.

Lisa no alargó la mano para coger un paquete de cigarrillos ni hizo ademán de coger uno o encendérselo, pero eso era ni más ni menos lo que estaba haciendo. Mentalmente, acercaba un encendedor Bic a un Marlboro y exhalaba una nube de humo. Me miró otra vez.

—Dime, ¿cómo te va, hermanito?

—Bien, supongo.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Presento una ponencia en el congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. —Con su silencio parecía exigir más detalles—. Estoy trabajando en una novela, supongo que podríamos llamarla así, que aborda *S/Z*, un texto de Roland Barthes, exactamente del mismo modo en que este texto aborda *Sarrasine*, la novela de Balzac que, en teoría, toma como objeto.

Lisa masculló algo que sonó bastante agradable.

—Soy incapaz de leer esas cosas que escribes, ya lo sabes.

—Lo siento.

—Es culpa mía, seguro.

—¿Cómo va la consulta?

Lisa meneó la cabeza.

—Odio este país. Esos antiabortistas asquerosos se pasan el día plantados delante de la clínica con sus pancartas y esas cabezotas de patata. Dan miedo. Supongo que te habrás enterado del follón de Maryland.

Había leído la noticia del francotirador que había disparado a la enfermera por la ventana de la clínica. Asentí en silencio.

Lisa estaba aporreando el volante con los índices. Como siempre, mi hermana y sus problemas me parecían mucho más importantes que los míos y yo. Yo ni siquiera podía ofrecerle algo a guisa de solución, consejo o conmiseración. Incluso dentro del coche, y a pesar de lo menuda que era y de la dulzura de sus rasgos, Lisa descollaba por encima de mí.

—Ya sabes por qué me caes bien, Monk —dijo tras una larga pausa—. Me caes bien porque eres listo. Entiendes cosas que yo no captaría nunca, y tú ni siquiera te paras a pensarlas. Eres de esa clase gente, ¿sabes? —En el cumplido había una pizca de rencor—. A ver, Bill es un gilipollas; con el bisturí es bueno, sí, pero no deja de ser un carnicero. Lo único que le importa es ser un buen carnicero y ganar dinero con su carnicería. Pero tú... Aunque no tienes que ocuparte en esa mierda, tú lo haces. —Apagó su cigarrillo imaginario—. Lo que me gustaría es que escribieras algo que yo pudiera leer.

—Veré lo que puedo hacer.



Siempre he pescado en agua dulce, arroyos, riachuelos y ríos pequeños. Soy incapaz de regresar al coche antes de que oscurezca. Por muy temprano que salga, cuando vuelvo ya es de noche. Primero pesco en este pozo, luego en ese rabión, más tarde en la orilla cóncava de ahí, y en la curva exterior del meandro, y cada lugar parece más agradable y más prometedor que el anterior, hasta que termino a kilómetros de donde salí. Cuando ya es evidente que se ha hecho tarde, voy pescando de vuelta al punto de salida, y cada uno de los escondrijos de las truchas se me antoja más emocionante

que antes, y visto desde un ángulo nuevo parece distinto, y me azuza la idea de que la penumbra habrá despertado el hambre a los peces.

X X X

Cuando llegamos a su casa, en Underwood, mamá acababa de despertarse de su cabezadita, y, como siempre, iba vestida como si fuera a salir. El colorete resaltaba en sus mejillas claras; iba pintada a la antigua, pero a sus años podía permitírselo. Me pareció más baja que nunca. Me dio un abrazo algo menos frío que el de mi hermana y dijo:

—Mi pequeño Monksie está en casa.

La levanté del suelo durante un instante, eso siempre le había gustado, y le di un beso en la mejilla. Observé la expresión expectante en la cara de mi hermana cuando la anciana se volvió a mirarla.

—Dime, Lisa, ¿y Barry y tú? ¿Todavía no estáis embarazados?

—Barry sí que lo está —respondió Lisa. Luego anunció ante el rostro perplejo de nuestra madre—: Barry y yo estamos divorciados, mamá. El muy idiota se fugó con otra.

—Lo siento mucho, cariño. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Lisa—. Así es la vida, amor. No te preocupes, lo superarás. «De un modo o de otro», como decía tu padre.

—Gracias, mamá.

—Vamos a llevarla a cenar fuera, señora —le dije—. ¿Qué le parece?

—Me parece maravilloso, maravilloso. Dejad que me arregle y coja el bolso.

Lisa y yo deambulamos por el salón hasta que volvió. Me acerqué a la repisa de la chimenea y miré las fotografías que habían permanecido inmutables durante años: mi padre, posando galante con su uniforme de la guerra de Corea; mi madre, más parecida a Dorothy Dandridge que a sí misma, y los niños, más limpios y encantadores de lo que jamás llegamos a vernos. Me fijé en la chimenea.

—Lisa, hay cenizas en la chimenea.

—¿Qué?

—Mira. Cenizas.

Señalé con el dedo.

La chimenea de casa nunca se había usado. Nuestra madre le tenía tanto miedo al fuego que se empeñaba en calentar toda la casa con estufas eléctricas y zócalos calefactores. Mamá volvió con su bolso y con la cara empolvada.

—¿Cómo han llegado ahí esas cenizas? —preguntó Lisa, abordando el tema a su manera.

—Cuando se queman cosas quedan cenizas —respondió mamá—. Eso tendrías que saberlo, con lo que has estudiado.

—¿Qué se ha quemado?

—Le prometí a tu padre que quemaría algunos de sus papeles cuando muriera. Y ha muerto.

—Papá murió hace siete años —dijo Lisa.

—Eso ya lo sé, cariño. Por fin he encontrado un momento. Ya sabes cuánto odio el fuego.

Su argumento era razonable.

—¿Qué clase de papeles? —preguntó Lisa.

—Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué crees que papá me pidió que los quemara? Ahora salgamos a cenar.

En la puerta, a mamá le costó meter la llave en la cerradura y se quejó de que últimamente el mecanismo andaba algo atascado. Me ofrecí a ayudarla.

—Mira —le dije—, si mueves la llave hacia este lado y luego hacia el otro, gira fácilmente.

—Monksie ha arreglado la cerradura —dijo.

Lisa refunfuñó y se adelantó para llegar al coche.

Mamá me habló en voz baja:

—Creo que Lisa y Barry tienen problemas.

—Sí, mamá.

—¿Todavía no te has casado? —preguntó.

La cogí del brazo para bajar las escaleras del porche.

—Todavía no.

—Tendrías que ir espabilando, no es bueno llegar a los cincuenta con los hijos todavía pequeños. Terminas molido.

XXX

Mi padre era bastante mayor que mi madre. Cuando en junio terminaban las clases, íbamos todos en coche a la casa de Highland Beach, en Maryland, y la abríamos para el verano. Abríamos todas las ventanas, barriamos, limpiábamos telarañas y ahuyentábamos a los gatos callejeros. Entonces pasábamos todo el verano en la playa y papá se reunía con nosotros los fines de semana. Recuerdo lo mucho que le cansaba esa primera limpieza; cuando llegaba el momento de hacer un alto antes de la cena para jugar a softball o a croquet, se conformaba con sentarse en el porche a mirar. Cuando mamá cogía el bate, la animaba dándole indicaciones y luego volvía a sentarse como si pensar en el juego lo hubiera agotado. Tenía más energía por las mañanas y, vete a saber por qué, él y yo siempre salíamos a pasear juntos bien temprano. Caminábamos hasta la playa, llegábamos al muelle y luego regresábamos pasando por delante de la casa de Frederick Douglass y cruzando el riachuelo que formaba la marea, donde nos sentábamos a contemplar los cangrejos correteando por la corriente. A veces nos llevábamos un cubo y una red, y él me guiaba mientras yo atrapaba una docena de cangrejos para el almuerzo.

Una vez se cayó de culo en la arena y dijo:

—Eres un buen chico, Thelonious.

Me volví a mirarlo desde el agua, que me llegaba a los tobillos.

—No te pareces a tu hermano ni a tu hermana. Ellos tampoco se parecen, por supuesto, pero son más parecidos de lo que les gustaría admitir. De todos modos, tú eres distinto.

—¿Eso es bueno, papá?

—Sí —dijo como si hubiera decidido su respuesta justo en ese instante. Señaló el agua—. Ahí hay uno bien gordo. Acércate a él desde más lejos.

Seguí sus instrucciones y levanté el cangrejo.

—Buen chico. Tienes una mente especial. Es por cómo dices las cosas. Si tuviera paciencia para desentrañar algunas de las cosas que dices, me harías un hombre más sabio, lo sé.

No entendía lo que me estaba diciendo, pero advertí el halago en su tono y lo agradecí.

—Y eres tan relajado... No pierdas esta cualidad, hijo. Puede servirte más que ninguna otra cosa en esta vida.

—Sí, papá.

—Y también te vendrá bien para hacer enfadar a tus hermanos.

Entonces se echó hacia atrás y procedió a sufrir un ataque al corazón.

Corrí hacia papá. Él me cogió del brazo y dijo:

—Ahora tú sigue relajado y ve a buscar ayuda.

Aquél resultó ser el primero de los cuatro infartos que sufriría antes de pegarse un tiro una tarde de febrero inusualmente cálida, mientras mamá estaba fuera, reunida con las del club de bridge. Según parece, el suicidio de papá no sorprendió a mi madre, pues nos llamó a los tres, por orden de edad, y a todos nos dijo lo mismo: «Debes volver a casa para el funeral de tu padre».

XXX

La cena fue típica, ni más ni menos. Mi madre dijo cosas que hicieron que mi hermana pusiera los ojos en blanco mientras se fumaba un paquete entero de cigarrillos imaginarios. Mamá me contó que les había hablado de mis libros a todas sus amigas del club de bridge y me preguntó, como hacía siempre, si no habría una palabra mejor que «follar» para decir «follar». Luego mi hermana me dejó en el hotel y, mecánicamente, se comprometió a almorzar conmigo al día siguiente.

XXX

Como mi ponencia estaba programada a las nueve de la mañana siguiente, tenía la intención de acostarme temprano y dormir de un tirón, si podía. Sin embargo, cuando entré en mi habitación encontré una nota que alguien había deslizado por debajo de la puerta y que me informaba de que Linda Mallory había dejado recado de que la llamara al Mayflower. Fui al teléfono de la recepción.

—Confiaba en que vendrías al congreso —dijo Linda—. La secretaria de tu departamento me ha dicho dónde te alojabas.

—¿Cómo estás, Linda?

—He estado mejor. Lars y yo hemos roto.

—No sabía que estabais juntos. Supongo que, a estas alturas, preguntar quién es Lars no tiene ningún sentido.

—¿Estás cansado? Es temprano, llevamos hora de California, ¿no?

—¿Así habláis en San Francisco? ¿«Llevamos hora de California»? —Me miré el reloj: las ocho y veinte—. Tengo la ponencia a las nueve de la mañana.

—Pero solo son las ocho —contestó—. Para nosotros, las cinco. No esperarás que me crea que vas a acostarte a las cinco. Puedo estar ahí dentro de quince minutos.

—No, voy yo —dije; temía que, por mucho que rechazara de plano su propuesta, ella se presentara de todos modos—. Nos vemos en el bar.

—Mi habitación tiene un minibar de esos.

—En el bar a las ocho cuarenta y cinco.

Colgué.

Linda Mallory y yo habíamos dormido juntos tres veces, dos de las cuales nos habíamos enrollado. Habíamos dormido juntos dos veces en Berkeley, donde yo había ido a presentar una novela mía y a leer algunos fragmentos, y una vez en Los Ángeles, donde ella había ido a hacer otro tanto. Era una mujer alta y patizamba, delgada y, sin embargo, amorfa, de mentón pequeño y, siempre que del asunto quedasen excluidos los hombres y el sexo, una inteligencia agudísima. Cual rottweiler absorto en una chuleta de cerdo, así dirigía todos sus esfuerzos a conseguir la atención de los hombres. Para ella no existía otra cosa. En realidad, cuando no tenía las

orejas levantadas y alerta en busca de atención masculina, hasta podía decirse que era atractiva; ojos oscuros, cabellera poblada, esbelta, sonrisa agradable. Le gustaba follar, decía, pero yo estaba convencido de que, más que hacerlo, lo que le gustaba era decir que le gustaba hacerlo. Podía llegar a ser agresiva. Y carecía totalmente de talento literario, lo que resultaba a la vez molesto y extrañamente reconfortante. Linda había publicado un volumen de narrativas breves (como a ella le gustaba llamarlas) predeciblemente extrañas y estereotípicamente *innovadoras*. Había quedado atrapada en un círculo de escritores *innovadores* que habían logrado sobrevivir a la década de los sesenta publicándose relatos los unos a los otros en sus respectivas revistas académicas y editando monografías colectivas, práctica que les había permitido acumular publicaciones, hacerse con una plaza de profesor titular en sus universidades y alcanzar cierta apariencia de respetabilidad en lo que se conocía como mundo real. Desgraciadamente, buena parte de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman estaba integrada por esa gente. Y todos me odiaban. Por un par de razones: una, porque hacía dos años que había publicado una novela realista con la que había cosechado cierto éxito; y dos, porque en las entrevistas que me hacían en prensa o radio no me callaba la opinión que su obra me merecía. Y por último me odiaban porque, al parecer, aquellos franceses a los que tanto adoraban tenían mi obra en muy alta estima, lo que para mí no suponía más que una extraña nota a pie de página en mi oscura y discreta carrera literaria. Para ellos, sin embargo, tal vez supusiera una bofetada en toda la cara.



Cuando llegué, Linda ya estaba en el bar. Me envolvió con un abrazo y me vino a la memoria lo mucho que, en la cama, me había recordado a una bicicleta.

—Bueno —dijo de ese modo en el que suele emplearse la palabra para empezar a andarse por las ramas—. Vivimos en el mismo estado, y para

vernos hemos tenido que recorrer casi cinco mil kilómetros.

—Curioso, cómo van las cosas.

Nos sentamos y pedí un whisky. Lisa pidió otro Gibson. Jugueteeó con la cebollita de su copa, atravesándola con la espada de plástico rojo.

—¿Estás en el programa? —le pregunté.

No había visto su nombre, pero tampoco es que hubiese mirado.

—Participo en un debate con Davis Gimbel, Willis Lloyd y Lewis Rosenthal.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—El lugar de Burroughs en la narrativa americana.

Lancé un gruñido.

—No suena nada mal.

—Vi el título de tu ponencia. No lo capto. —Cuando nos trajeron las copas, cogió la espada y se comió la cebollita—. ¿De qué va?

—Ya la oirás. Me tiene hartó, la muy condenada. No me ayudará a hacer amigos, te lo aseguro. —Recorrí el bar con la vista sin encontrar ningún rostro conocido—. Esto me pone los pelos de punta.

—¿Por qué has venido, entonces?

—Porque así tenía el viaje pagado. —Tragué un poco de whisky y lamenté no haber pedido agua—. Prefiero admitirlo a decir que he venido porque el congreso de la Sociedad me interesa.

—Tienes razón. —Linda se comió su segunda cebollita—. ¿Te apetece subir a mi habitación?

—Con calma —respondí—. ¿Y si no nos acostamos pero decimos que sí que nos hemos acostado? —Tras un instante de silencio incómodo, dije —: ¿Qué tal Berkeley?

—Bien. Este año voy a por la plaza de titular.

—Y ¿cómo pinta el asunto? —le pregunté, aunque sabía de sobra que no podía pintar demasiado bien.

—Tu familia está aquí —dijo.

—Mi madre y mi hermana.

Me terminé el whisky y entonces fui dolorosamente consciente de que no tenía nada que decirle a Linda. No sabía lo bastante sobre su vida

personal para hacerle preguntas, y tampoco quería sacar el tema de su reciente ruptura, así que me quedé mirando el vaso.

El camarero se acercó y me preguntó si quería otra copa. Le dije que no y le di dinero, suficiente para los dos Gibsons y mi whisky. Linda me miraba las manos.

—Tendría que descansar un poco —dije—. Nos vemos mañana.

—Probablemente.



El centro del árbol es el duramen. Aunque no contribuye gran cosa a su alimentación, es su soporte estructural. La albura, la que lo nutre todo, es débil y propensa a sufrir el ataque de hongos e insectos. Las dos partes se parecen, pero para trabajar lo que conviene es el duramen. El duramen, siempre.



Desayuné solo en el acogedor comedor del hotel y luego fui andando por Connecticut Avenue hasta el Mayflower. La mañana, gélida y gris, me había oscurecido el ánimo, pero también es cierto que me sentía perdido, incapaz de comprender por qué había hecho ese viaje. El congreso me daba igual, por supuesto, y a mi familia ya la había visto bastante. En mi sesión había más gente de la que esperaba, y de repente me puse un poco nervioso. Con la lectura de la ponencia que había escrito no me jugaba nada, o al menos eso era lo que yo quería creer. Sin embargo, me la tomaba en serio y sabía que incomodaría a más de uno, aunque también estaba seguro de que para llegar a ofender a esa gente tendría que armarla muy gorda.

La primera ponencia resultó aburrida e intrascendente, aunque asombrosamente fácil de seguir. Trataba sobre Beckett y sobre lo que habría escrito si hubiera vivido más y si la recepción de su obra hubiera sido distinta. Luego llegó mi turno. Fui recibido con carraspeos y comentarios bastante audibles que me demostraron que mi reputación me había

precedido o, por lo menos, había llegado al mismo tiempo que yo. Leí mi ponencia:

X X X

F/V: fragmento de una novela

(1) S/Z* El título quizá responda a toda pregunta antes de que ésta se formule, erigiéndose, en cierto modo, en un antitítulo que, al no abandonar su condición original, insinúa una negación. ¿Es el título el nombre de una obra? ¿O de lo que no es más que la sombra de una obra? Estableciendo su propio sujeto (evidente), *Sarrasine* de Balzac, el título plantea una cuestión: ¿es ese texto su sujeto? Evidentemente, y como el mismo S/Z nos dice, no: su sujeto es el esquivo modelo de aquello de lo que *Sarrasine* podría considerarse una representación. Como Barthes, llamemos código hermenéutico (HER) «al conjunto de unidades que tienen la función de articular, de diversas maneras, una pregunta, su respuesta, y los variados incidentes que pueden preparar la pregunta o retrasar la respuesta, o también formular un enigma y llevar a su desciframiento».** El conjunto S/Z se refiere, sin duda, al par de consonantes sorda y sonora, pero la incógnita palidece ante la barra oblicua que separa las consonantes. La «/» concierta la S y la Z en el título y, a la vez, las separa; con todo, no las separa en términos de igualdad aunque así lo parezca, pues la S precede a la Z. La «/» es también esa línea que hemos acabado aceptando como signo ortográfico resbaladizo y cambiante que, aunque adimensional, se interpone entre el significante y el significado. El conjunto separado por la barra oblicua connota el texto hendido, el texto herido o, tal vez, sin más, el texto fragmentado (que no es sino falacia de lo escribible o necesidad de lo legible). Las letras separadas se mantienen unidas como signo de la contención de los opuestos y de lo necesario de su unión en el contexto dado, e ilustran la imposibilidad del estudio individual de los límites definitorios de ambas letras: la barra oblicua, la «/», es tanto un aglutinador

como una cuña. La «/» misma se convierte en significante: en todas las referencias al título actuará como un elemento móvil y contradictorio cuyo comportamiento se asemeje a la función que desempeña entre la S y la Z (esto es, su comportamiento será aquel que desee o deje de desear). Denominaremos este elemento de la «/» como significante, sema o cualquier referencia a dicho concepto, implícita o explícita, con las letras SEM, señalando todas las ocasiones en las que un concepto (palabra) contenga una «/» implícita, por ejemplo, enfermo (SEM. sano) o enfermo (SEM. loco).

(2) Se dice que a fuerza de ascesis algunos budistas alcanzan a ver un paisaje completo en un haba.* «Algunos» budistas, incluso dos, bastarían; no debemos interpretar aquí que se trata de la mayoría de los budistas o de budistas comunes y corrientes. ¿Se tratará de un «algunos» peyorativo, como el de la frase «En esta sala algunos no son bienvenidos»? ¿O tal vez este «algunos», en cuanto oposición tanto a «ninguno» como a «todos», elimine cualquier posibilidad de generalización y, por tanto, de comunión de la vivencia, de transmisión de la experiencia, de comunicación, incluso? Antes de adentrarnos de lleno en la primera frase, caemos en nuestro primer acertijo (HER. certidumbre). «Algunos» es una palabra de cuya relevancia connotativa no podemos estar seguros, a menos que, atendiendo a su multiplicidad de significados, solo tengamos en cuenta algunos.

Detengámonos y demos marcha atrás. Antes de la primera frase nos encontramos con lo siguiente: I. La evaluación. ¿Corresponde esta «I» al numeral romano o a la primera persona del singular del pronombre personal en inglés, I? Una «I» seguida de un punto (HER. punto), ¿connota una oración de extrema brevedad o se tratará de una marca de terminación que connota el fin de la identidad misma (SEM. individualidad) y rechaza, de ese modo, toda responsabilidad a propósito del texto que sigue? Y la evaluación, ¿debemos vincularla a la I que la precede o al texto que le sigue? Si nos decantamos por la primera posibilidad, ¿se reitera así el gesto mediante el cual se rechaza la culpabilidad?

«A fuerza de ascesis» resulta una construcción curiosa, pues parece personificar la fuerza y darle crédito, como si ésta pudiera autoejercerse, existir sin el concurso de los practicantes. Son los budistas, y no los musulmanes o los cristianos, quienes, debido a esa fuerza (SEM. reiteración), precisamente, alcanzan su objetivo (aunque la locución preposicional resulte algo vaga, no resulta descabellado suponer que se trata de «mucha» fuerza [SEM. exceso]). ¿Qué debemos leer, entonces? ¿Que, mediante «/», fuerza y ascesis componen un conjunto indisoluble... de modo que algunos budistas alcanzan a ver un paisaje completo en un haba?».* Ver un paisaje completo, donde fuere, debe de ser, en efecto, algo digno de verse (SEM. algo), pues nuestra visión tiene que detenerse, por fuerza, en algún lado, a derecha e izquierda, periféricamente, y a lo lejos, en el horizonte. Así, ¿no es siempre el paisaje completo un fragmento de otro paisaje todavía más grande? ¿O debemos entender que todos los paisajes no son sino fragmentos y que esos fragmentos son, en sí mismos, completos? Un paisaje completo solo puede verse «en un haba» y, por lo tanto, el truco que la fuerza de la ascesis permite realizar no es nada del otro mundo. ¿Y por qué «en un haba» y no en una canica o en una huella o en el primer plano de una cara? El haba está presente y, por tanto, significa algo (aunque no signifique nada [SEM. Zen]). Nos referiremos a toda unidad del campo simbólico con las letras SIM. El haba sugiere la semilla, por supuesto, una semilla que conforma el haba y que, a la vez, la contiene: es lo que es y es de lo que viene. El haba constituye, en acto, su propia génesis, íntegra y completa, originaria del suelo y la tierra; como imagen, como paisaje, por tanto, está completa. Nacer del ser, siendo, a la vez, el ser mismo: ésa es la acción suprema. Señalaremos estas acciones mediante las letras ACC y numeraremos los términos que las constituyen según aparezcan (ACC. en un haba: (1) lo que se ve; (2) la semilla de la propia haba; (3) la idea de la propia haba...). Por último, no son los budistas los que deberían despertar nuestro interés, sino el haba^[1].

(3) Precisamente lo que habrían deseado los primeros analistas del relato.* «Precisamente» resulta muy impreciso, pues los «primeros analistas» no

intentaban ver el paisaje completo en un haba, sino definir las condiciones necesarias y suficientes para llamarle «relato» al relato. De modo que «precisamente» es irónico, y reclama silenciosamente que el texto-sujeto está por encima del esfuerzo pedestre de los «primeros analistas» (SEM. precisión). Esos gordinflones que se quedaban absortos ante un haba no necesitaban establecer un modelo de narrativa, pues dicho modelo ya es inherente al haba. Precisamente, los budistas no examinan el haba en busca de un paisaje representativo, sino que persiguen el paisaje que el haba misma contiene. Como a ellos no les corresponde extraer la cualidad esencial que hace que las cosas sean lo que son, sino que deben verlas en su totalidad, la atención a rasgos particulares podría echar por tierra esos logros suyos que, según hemos leído, deberíamos admirar. Así, ¿será Aristóteles, con su inquietud por la praxis y la proairesis, nuestro primer analista? ¿O deberíamos volver los ojos hacia los prehistóricos, quienes debían sopesar las descripciones relatadas de dos acontecimientos y decidir cuál era real y cuál era una invención, partiendo del supuesto de que para decir la verdad solo se requiere memoria, mientras que para proponer una invención se requiere una imagen que nos desvele elementos de la apariencia del relato auténtico? Aunque quizá debamos decantarnos por los formalistas rusos y dejar las cosas como están (SIM. analistas). El deseo de los analistas (ACC. intentar) de poner al descubierto este modelo solo nos permite deducir que han fracasado. De quien ya ha dado con un filón de oro en una mina no se dice jamás que «desea encontrar oro». (SEM. intento)... ver todos los relatos del mundo.* Partimos, así, de la conclusión de que este relato universal existe (REF. relato). Nombrarlo obra el daño o el prodigio, no hay marcha atrás. La cosa se crea en el acto de nombrarla; ir en busca de aquello que le confiere el ser es pasar por alto que, en primer lugar, la existencia de la cosa debe verificarse. Haber recibido un nombre no es lo mismo que existir de verdad (REF. unicornio).

(4)... (tantos como hay y ha habido): vamos a extraer de cada cuento un modelo, pensaban, y luego con todos esos modelos haremos una gran estructura narrativa que revertiremos (para su verificación) en cualquier

relato...* Como si hubiese algún relato del que alguien hubiera dicho «¿Y esto es un relato?» sin segundas intenciones, sin querer dar a entender lo pésimo que era. En el mejor de los casos, el ejercicio parece una reacción a la imagen mercantil del editor que le pregunta al escritor: «¿Y a esto lo llamas tú relato?». Pero tal digresión tiene en cuenta la noción en su totalidad (aunque solo un fragmento del texto) y se aleja del espíritu del análisis, tantos (HER. tantos SEM. tantos)** se antoja irónico, provocador, incluso: aunque da la impresión de que se alaba la productividad de aquellos que han escrito los relatos, el comentario se ofrece entre paréntesis, compartimentando, así, a los escritores de los relatos sin llegar a mencionarlos nunca, pensaban (SEM. pensamiento HER. ellos REF. ellos)*** proclamación evidente de la incapacidad de llevar a cabo su misión. Aunque el resto de la frase nos informa de lo que esperan de esas habas que tan absortos contemplan, el «pensaban» convierte las habas en espacios en blanco. Y, así, terminamos desmontando nuestro ejercicio como ejercicio del texto de referencia, *Sarrasine*, que, aun no habiendo sido tomado como modelo, ha sido reconocido como tal y analizado, a su vez, de un modo que se convierte en modelo para el análisis de otros textos, como por ejemplo, éste. Nunca está de más recordarle lo evidente al ignorante.

XXX

Cuando terminé hubo un conato de aplauso, y luego se hizo un silencio analgésico mientras los presentes trataban de averiguar si estaban ofendidos y por qué. Mientras caminaba de vuelta a mi silla, un manojito de llaves me pasó volando al lado de la cabeza y se estrelló contra el papel aterciopelado de la pared. Miré hacia el público y descubrí a Davis Gimbel, el director de una revista llamada *Frigid Noir*. Agitando el puño en alto, Gimbel gritó:

—¡Cabrón!

Advertí de inmediato que no había entendido una sola palabra de lo que yo había leído; su reacción me pareció impropia y exagerada, pero él estaba ansioso, quería dar la impresión de que lo había captado de inmediato.

Linda Mallory estaba entre el público, y nuestras miradas se encontraron. Asintió en silencio para indicarme que la ponencia le había parecido bien y me dedicó un aplauso suave y continuo, el único de la sala. Cogí las llaves de Gimbel y se las tiré para devolvérselas.

—Te harán falta, seguro —dije, palabras que fueron recibidas como un insulto.

Gimbel, un hombre que se tomaba por una especie de Hemingway, avanzó hacia mí como si quisiera pelear. No tardaron en contenerle los integrantes de su séquito, una cuadra de jóvenes aspirantes a escritores que terminarían evaporándose y siendo reemplazados por los de la siguiente hornada.

—No quería herir tus sentimientos, Gimbel —añadí. Ya se veía que la sesión sería la comidilla del congreso, que adquiriría vida propia y se convertiría en una de esas cosas que les da alas a esos capullos inútiles—. ¿Qué parte es la que más te ha molestado?

—¡Eres un chapucero mimético! —me espetó Gimbel.

—Un chapucero mimético —repetí—. Muy bien.

Eché una mirada a la puerta y vi que ya había gente saliendo en desbandada; afuera ofrecerían sus versiones de *la pelea* y dirían: «Estaba sentado justo al lado de Gimbel cuando todo empezó», o: «Ellison le lanzó las llaves, no podía creerlo». De todos modos, salí de la sala y la gente fue abriéndome paso; si lo hicieron por miedo o por reverencia, eso no sabría decirlo.



Cuando llegué al hotel encontré una amenaza de muerte garabateada en el dorso de un punto de libro. Rezaba: TE MATARÉ, PALURDO MIMÉTICO, firmado: EL FANTASMA DE WYNDHAM LEWIS. No me preocupaba que los payasos que me habían escogido como enemigo pudieran pasar de las amenazas a los hechos: las probabilidades de que llegaran a hacer algo eran tan remotas como las de que llegaran a escribir algo.



Idea para un relato. Una mujer da a luz un huevo. Se preveía un parto normal y lo que sale es un huevo, un huevo de dos kilos ochocientos. Como los médicos no saben qué hacer, le plantifican unos pañales y lo meten en una incubadora. No pasa nada. Luego le dicen a la madre que se siente encima del huevo. Nada. Se lo dan para que lo tenga en brazos. Ella se enamora del huevo, lo llama su bebé. El huevo no tiene extremidades que mover ni voz con la que llorar. Es un huevo y nada más que un huevo. La mujer se lleva el huevo a casa, le da un nombre, lo baña, se preocupa por él. No cambia, no crece, pero es su «bebé», dice. Su marido se va de casa. Sus amigos ya no van a visitarla. Ella le habla al huevo, le dice cuánto lo quiere. El huevo se resquebraja...



Fui a la clínica de mi hermana, en el sureste de la ciudad. Washington esconde su pobreza mejor que ninguna otra ciudad del mundo. A pocas manzanas del National Mall y de Capitol Hill, por donde desfilan miles de turistas a diario, hay gente que cubre las ventanas con toallas para que no entre la lluvia y que por la noche, para atrancar la puerta, la asegura clavándole tablones de madera atravesados. Aunque mi hermana vivía por encima de Adams-Morgan, tenía la consulta en el sureste, «donde vivía la gente». Era más dura de lo que yo podría llegar a ser jamás.

Entré por la puerta de la calle y los rostros de diez mujeres se volvieron hacia mí a la vez: querían saber qué hacía yo ahí. Fui hasta el mostrador de recepción.

—Soy Thelonious Ellison, el hermano de la doctora Ellison —dije.

—Estás de broma.

Aunque no podría decirse que la recepcionista fuera gorda, no le faltaba de nada. Se levantó, pasó al otro lado del mostrador y me dio un achuchón. Me hundí en ella mientras pensaba que así es como tendrían que ser todos los abrazos.

—El hermano escritor —dijo dando un paso atrás para mirarme—. Y no está mal. —Gritó hacia el pasillo—: Eleanor, Eleanor.

—¿Qué? —preguntó Eleanor.

—Aquí tenemos a un escritor de verdad.

—¿Qué?

—El hermano de la doctora E.

Eleanor llegó y me abrazó. Llevaba el estetoscopio, pero cuando me estrujó se perdió entre sus generosos senos.

—Ahora mismo la doctora E. está con un paciente.

—Sí, cariño —dijo la recepcionista con una sonrisa que no le cabía en la cara—. Siéntate y le diré que estás aquí. Si necesitas algo me llamas, soy Yvonne. ¿Vale?

Me senté en una silla pobremente tapizada de naranja al lado de una joven con las uñas largas, curvadas y pintadas de azul. Sentado en la falda tenía a un niño que moqueaba.

—Un niño muy guapo —dije—. ¿Cuántos años tiene?

—Dos —contestó.

Asentí con la cabeza. La silla era más cómoda de lo que esperaba, tratándose de la silla de una sala de estar; sentí que las tensiones del día iban desvaneciéndose, desvaneciéndose hasta convertirse en un susurro en medio de la realidad estruendosa.

—¿Y a qué has venido a Washington? —me preguntó Yvonne desde el mostrador.

—A una reunión —dije.

—Debes de ser importante si vienes a Washington para reuniones así como así.

Meneé la cabeza y me eché a reír.

—Qué va, solo es un congreso de la Sociedad de Estudios del Nouveau Roman. No es lo que se dice importante. Esta mañana he presentado una ponencia y ya he terminado.

Yvonne me miró como si mis palabras se perdieran en el espacio que nos separaba. Asintió con un movimiento de cabeza, sin mirarme directamente, y retomó su trabajo en el mostrador. Me sentí torpe, fuera de lugar, igual que en tantas otras ocasiones de mi vida, como si estuviera de más.

—¿Escribes libros? —me preguntó la mujer del niño.

—Sí.

—¿Qué clase de libros escribes?

—Escribo novelas —dije—. Relatos.

Ya me sentía fuera de lugar y ahora no sabía qué hacer para parecer relajado.

—Mi prima me ha regalado *Sus ojos miraban a Dios*. Lo estudió en clase. Va a la universidad, a la UDC. Ese libro me gustó.

—Es una novela muy buena —respondí.

—También me ha regalado un libro de historias de Jean Toomer —añadió la joven colocándose bien al niño en el regazo—. Es mi favorito.

—Un gran libro.

—Pero novela no es, ¿verdad? —preguntó—. No es solo una historia, quiero decir, tiene poesías. Pero parecía todo la misma historia, ¿me

entiendes?

—Te entiendo perfectamente.

—Con el cuento del palco lo que siempre me pasa es que tengo la sensación de estar en un teatro todo el rato, viendo cómo se pelean los enanos.

Meneó la cabeza como si quisiera despabilarse y le limpió los mocos al niño.

—¿Has ido a la universidad? —le pregunté.

La chica se echó a reír.

—No te rías —le dije—. Me pareces muy lista. Deberías intentarlo, al menos.

—Ni siquiera terminé el instituto.

No sabía qué contestarle. Me rasqué la cabeza y me puse a mirar las otras caras de la sala. Me sentía como un gusano: había imaginado que la chica de las uñas azules sería de una manera determinada, corta y estúpida, pero resultó que no era ni lo uno ni lo otro. El estúpido era yo.

—Gracias —le dije.

Ella no me respondió. Afortunadamente, en ese preciso momento la llamaron para que pasara a una consulta.

Lisa apareció con su bata blanca y el estetoscopio colgado al cuello. Nunca la había visto en su elemento. Parecía tranquila, cómoda, con la situación bajo control. Me sentía orgulloso de ella, intimidado. Me levanté, y aunque me dio un medio abrazo algo frío, el mío, que no lo era, consiguió suavizar la cosa. La había pillado por sorpresa; se sonrojó un poco y todo.

—Tengo que visitar a dos pacientes más, luego podemos irnos —dijo—. Estás de suerte: hoy no hay piquetes, se habrán quedado en la iglesia o en un aquelarre. ¿Todo bien aquí?

—Sí, Yvonne se encarga de mí —contesté, pero la recepcionista ya no estaba tan entusiasmada conmigo. Me dirigió una sonrisa mecánica y movió la goma del lápiz en el aire—. Te espero.

XXX

Cuando tenía quince años, mi amigo Doug Glass, que se llamaba así de verdad, me preguntó si quería ir a una fiesta con él. Eso fue un verano en Annapolis. Era un año mayor que yo y ya tenía coche. Ir a la fiesta me parecía muy emocionante. Cuando llegamos oí una música altísima que no me resultaba familiar; los bajos retumbaban. El aire estaba lleno de voces masculinas tratando de bajar una octava y de risitas femeninas. Al principio nos quedamos en el jardín de la entrada, y yo no me despegué de un vaso de plástico hasta que la cerveza que contenía se calentó. A decir verdad, todavía no me había acostumbrado al sabor y tenía miedo de que me hiciera vomitar. Estábamos en una zona de Annapolis a la que no había ido nunca, pero como se veía la aguja del Capitolio, sabía por dónde quedaba.

—Eh, hermano, ¿cómo te llamas? —me preguntó un chico alto echándome el humo de su cigarrillo casi a la cara—. Yo soy Clevon.

—Monk.

—¿Monk? —Se puso a reír—. ¿Qué mierda de nombre es Monk?

Justo en ese momento vi que no quería decirle que mi verdadero nombre era Thelonious.

Llegó otro chico.

—Eh, Reggie, no te lo pierdas: este de aquí se llama Monk.

—Un poco mingo sí que parece, ¿no? —dijo Reggie.

—¿Cómo te llamas de verdad? —me preguntó Clevon.

—Ellison.

—¿Nombre o apellido?

—Apellido.

—¿Y tu nombre?

—Theo —mentí.

Clevon y Reggie se miraron y se encogieron de hombros como si quisieran dar a entender que Theo era un nombre normal del que no valía la pena burlarse.

—¿Por qué te llaman Monk, hermanito? —preguntó Reggie.

No me gustaba cómo había sonado ese «hermanito».

—Solo es un apodo —respondí.

Doug se acercó y me dijo:

—Vamos, Monksie, vamos adentro.

—Monksie —repitieron Clevon y Reggie entre risas; se habían llevado las manos a la boca para formar un altavoz.

—Volvamos a la playa —le dije a Doug mientras lo seguía a la casa—. Esto está aburrido.

—Primero entremos. ¿No quieres ver chicas?

Lo cierto es que eso era lo que quería, ver chicas, más que ninguna otra cosa, pero qué haría cuando las viera, eso ya no lo sabía. Esperaba que ninguna me llamara «hermanito» o me preguntara mi nombre.

Dentro había poca luz, y el centro de la pista, en lo que supuse que sería el salón, estaba atiborrado de bailarines desenfrenados. Nos dirigimos al otro extremo de la sala mientras Doug bailoteaba y señalaba a la gente con el dedo. No es que conociera a Doug muy bien, pero aun así me sorprendía la cantidad de gente a la que saludaba. Se detuvo al lado de un par de chicas. Para que con esa música se las oyera, casi tenían que chillar.

—¡Vaya fiesta! —gritó Doug.

—Sí —respondió la chica.

—¿Tu hermana? —preguntó Doug.

—Sí.

Estuvieron un rato mirando la pista de baile. Ahora Doug era mi héroe, el modo en que había hablado con la chica me parecía increíble. Entonces, cuando empezó a sonar una lenta, se volvió hacia ella.

—¿Bailas?

—Sí.

Yo me quedé con la hermana. Era guapa, llevaba un vestidito ligero que le dejaba los hombros al aire. Había un foco que giraba, no sé dónde, y a breves intervalos podía verle el cuello y los muslos. Tenía una piel preciosa. Me pescó mirando y yo me disculpé.

—Me llamo Tina —me dijo.

—Ellison.

—¿Bailas?

—Vale.

En toda mi vida no me habían preocupado tantas cosas como las que me preocuparon en los tres minutos siguientes: ¿Me había puesto desodorante? ¿Me había lavado los dientes? ¿Tenía las manos demasiado secas? ¿Tenía las manos demasiado húmedas? ¿Me movía demasiado deprisa? Bailando, ¿la llevaba yo, o me llevaba ella a mí? La cabeza, ¿la tenía en el lado bueno respecto de la suya? Yo no me había arrimado mucho, pero ella tiró de mí y se me pegó. La nitidez con la que percibía sus pechos era alarmante. Sus muslos rozaban los míos y, como era verano y yo llevaba shorts, sentía su piel, y aquello ya fue demasiado para mi equilibrio hormonal. Durante el tiempo que duró la canción, mi pene fue agrandándose progresivamente hasta que me di cuenta de que asomaba por el dobladillo de la pernera izquierda. Tina lo advirtió y dijo algo que no entendí, pero que incluía las palabras «cariño» y «tranquilo». Luego alguien encendió las luces y oí las voces de Clevon y Reggie, que decían «mirad, la minga de Mongo». Corriendo, salí de la casa y seguí calle abajo en dirección al Capitolio.

Fui hacia los muelles, donde encontré a mi hermano mayor con unos amigos en el bote de la familia. Me preguntó si estaba bien, le dije que sí y le pregunté si podía quedarme con él. Miró a los otros chicos y asintió a regañadientes. Se sentían incómodos conmigo; no decían gran cosa, y, uno a uno, fueron desfilando hasta dejarnos solos.

—Sube y desata la cuerda —dijo Bill—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?
Arrancó el motor y nos pusimos en marcha.

—En coche, con Doug. Me ha llevado a una fiesta. Nos hemos separado.

—Oh.

—¿Te he fastidiado la fiesta? —le pregunté.

—No, no te preocupes.

Con esa vibración del Evinrude que tan familiar me resultaba empecé a relajarme. El agua de la bahía me parecía muy tranquila. Miré al cielo.

X X X

Lisa y yo fuimos en coche hasta el Capitol Grill y encontramos mesa; de la pared a la que estaba pegada colgaba la cabeza de un alce.

—¿Por qué te gusta comer aquí? —le pregunté.

—No sé. Tendrá que ver con todos esos tipos que toman decisiones. —Iba dándole sorbitos al té—. Escucha, a ver si lo adivinas. Vas en barca. El motor se para. Estás en aguas poco profundas, llevas unos pantalones de doscientos dólares y el autobús del aeropuerto que espera en la playa está a punto de salir. ¿Por qué se trata de un asunto legal?

Meneé la cabeza.

—Porque hay que elegir entre remar y vadear. —Sonrió con una sonrisa que llevaba años sin ver—. Malo, ¿eh?^[2]

—¿Te lo has inventado tú?

—Me acuesto muy tarde, qué quieres. —Lisa paseó la vista por la sala y luego volvió a mirarme—. Me alegro de verte, hermanito.

—Gracias. Yo también me alegro de verte. Estoy muy orgulloso de ti, ya lo sabes. Y papá también lo estaría. Tu clínica...

—No es muy glamurosa.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Advertí que en la barra había un hombre que nos miraba fijamente—. ¿Lo conoces?

Lisa volvió la cabeza y el hombre desvió la mirada.

—No, ¿por qué?

—Por alguna razón, parecía interesado en ti.

—Eso no estaría nada mal.

—Siento lo que pasó con Barry. Siempre me pareció un payaso.

—Eso mismo dijiste entonces. —Lisa se echó a reír—. ¿Te acuerdas de lo furiosa que me puse contigo?

Vino el camarero y pedimos. Guardó el bloc sonriéndole a Lisa.

—¿Qué tal, doctora?

—Muy bien, Chick, ¿y tú? Mi hermano Monk, Chick. Ha venido de visita desde California.

Le di la mano.

—Chick. —Lo observé mientras se alejaba y sonreí a mi hermana—. Le gustas.

—Es posible, pero creo que ha salido con Bill.

—Oh.

Nos quedamos callados un rato pensando en Bill hasta que me pareció que ya habíamos pensado lo suficiente en él.

—He tenido una conversación bastante agradable con una de tus pacientes. No entendí su nombre. Iba con un niño y tenía las uñas azules.

—Ya sé a quién te refieres. A Tamika Jones. En realidad, Tamika Jones tiene dos hijos. El niño de hoy se llama Mystery.

—¿Mystery?

—Eso mismo. Y su hija se llama Fantasy.

—Mystery y Fantasy.

—Se los puso por los padres. Uno era un misterio, y el otro, una fantasía.

—Estás de broma.

—Qué más quisiera yo.

—Me gano la vida inventando cosas, pero algo así no se me habría ocurrido nunca. —El hombre de la barra volvía a mirarnos, pero cuando lo pillé se levantó, se alejó de la barra y se dirigió a la puerta—. A veces me siento muy lejos de todo, como si ni siquiera fuera capaz de hablar con la gente.

—Es que no lo eres. Nunca lo has sido. No es malo. Eres diferente, eso es todo.

—¿Diferente de quién?

—No te pongas a la defensiva. No es nada malo. En realidad, es bueno. Siempre he querido ser como tú.

XXX

Hubo un tiempo en que me dedicaba a buscar el significado más profundo de las cosas, convencido de ser una especie de sabueso hermenéutico que vagaba por el mundo, pero cuando cumplí los doce dejé de hacerlo. Aunque entonces no habría sido capaz de expresarlo correctamente, pasados los

años he terminado reconociendo que abandoné toda búsqueda de una explicación de lo que podrían llamarse esquemas de significado subjetivos o temáticos para reemplazarla por un simple bosquejo de descripciones de casos específicos de los que podía, al menos, sacar conclusiones, aunque inconscientes, que me permitirían entender el mundo y el modo en que éste me afectaba. Dicho de otra forma: aprendí a aceptar el mundo tal como era. Dicho aún de otra forma: me daba igual.

Cuando yo tenía trece años y mi hermana dieciséis, me pilló masturbándome con una revista en el sótano delantero. Cuando me preguntó qué hacía, yo le dije: «Masturbarme».

Mi respuesta fue tan relajada que la dejó pensativa. Mientras me abrochaba el cinturón, me dijo:

—Eres un perverso.

—Puede —respondí—. No sé lo que es un perverso.

—Pues más te vale que papá y mamá no te pesquen haciendo esto. Es todo lo que tengo que decirte.

—No era mi plan. Y si me pescan, ¿qué? ¿Me quitarán la revista?

Cuando hube expuesto la situación, volví a dirigir mi atención al desplegable de la revista.

—¿De dónde la has sacado? —me preguntó.

Se puso a mirar escaleras arriba, hacia la puerta cerrada del sótano.

—La he comprado. —Luego, para que se relajara, dije—: Papá está en su despacho, y mamá no bajará, le dan miedo las arañas.

—Es normal —aseguró Lisa, como si de repente le preocupara que me quedaran secuelas psicológicas.

—¿Qué es normal?

—La masturbación.

—¿Tú lo haces?

—No —contestó, y se puso colorada; inclinó el cuerpo para empezar a subir las escaleras.

—Gracias —le dije.

—¿Gracias por qué?

—Por decirme que es normal.

—Vale.

—Y también es normal no hacerlo.

X X X

Le eché una buena mirada a la hamburguesa con queso de Lisa mientras ella apartaba la cebolla con el tenedor y la dejaba a un lado del plato.

—¿Sigues sin comer carne? —preguntó.

—La como de vez en cuando.

—Por una hamburguesa no te morirás.

Eché aceite y vinagre en la ensalada y asentí en silencio.

—Soy consciente de que tú tienes que encargarte de todo con mamá —le dije—. Y sé que no es justo.

—Así son las cosas.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, puedes instalarte aquí. —Me miró a los ojos y luego sonrió—. Si te necesito, te llamaré. Hay una cosa... A mamá se le está acabando el dinero.

—Pero yo pensaba que...

—Yo también, pero aun así se le acaba.

—Yo no tengo mucho. No gano gran cosa con mis libros.

—No te agobies. Solo quería que lo supieras.

En ese momento me sentí fatal, un fracasado; les estaba fallando a mi madre y a mi hermana. Viviendo en mi burbuja, nunca me había parado a pensar en esas cosas. Tenía la sensación de estar hundiéndome.

Después de comer mi hermana me preguntó si querría acompañarla a una librería, tenía que comprar algo para una empleada que acababa de tener un hijo, me dijo. Le pregunté si querría regalarle uno de mis libros, y contestó que prefería regalarle algo que pudiera leer. Luego empezó a reírse y yo debí de reírme con ella, supongo.

Mientras Lisa se alejaba hacia la sección de Jardinería, yo me quedé en el centro de Borders pensando en lo mucho que odiaba esa cadena de

librerías y otras cadenas parecidas. Yo había hablado con libreros de verdad, dueños de librerías pequeñas a las que ese WalMart de los libros estaba condenando al desahucio. Decidí averiguar si tenían alguno de mis libros, con la firme convicción de que, por mucho que los tuvieran, no iba a cambiar de opinión sobre Borders. Fui a la sección de Literatura y no me vi. Fui a Narrativa Contemporánea y no me encontré, pero retrocediendo un par de escalones di con una sección llamada Estudios Afroamericanos, y allí, en orden alfabético, perfectamente dispuestos (esto es, sin que nadie los hubiera tocado siquiera), estaban cuatro de mis libros, entre ellos *Los persas*, cuyo único elemento ostensiblemente afroamericano era mi fotografía de solapa. Me enfurecí al instante; el pulso se me aceleró, se me frunció el ceño. A quien le interesaran los estudios afroamericanos no le dirían gran cosa mis libros, y su presencia en esa sección lo confundiría. Quien anduviera buscando una críptica reinterpretación de una tragedia griega tendría tanto interés en esa sección como en la de Jardinería. En ambos casos, el resultado era el mismo: no habría venta. Esa puta librería estaba quitándome la comida del plato.

Decirle algo al payaso del gerente no iba a solucionar nada, así que me resigné a quedarme callado. Luego vi un póster que anunciaba la visita de Juanita Mae Jenkins, quien haría una lectura de su gran superventas *Aquí los del gueto*. Cogí un ejemplar del libro y leí el primer párrafo.

El viejo se abrió cuando yo nací y ahora somos yo y mi madre y mi hermano el pequeño, el Juneboy. Por las mañanas el Juneboy pasa de lavarse los piños y yo tengo que estar ahí para que se acuerde. Por eso la vieja dice que yo soy la responsable y que tengo que echar un ojo mientras curra limpiándoles la casa a unos blancos.

Cerré el libro y pensé que iba a vomitar. Mi hermana se me acercó por la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije mientras devolvía el libro al montón.

—¿Qué te parece este libro? —me preguntó—. Van a hacer la película, lo he leído. A la autora le han pagado algo así como tres millones de dólares.

—Vaya.

X X X

La realidad de la cultura popular no era nada nuevo para mí. La verdad del mundo asaltándome cada día, a cada hora, no era nada inesperado, pero este libro era una auténtica bofetada. Como ir paseando tan a gusto por un mercadillo de antigüedades y, al doblar la esquina, encontrar un escaparate con figuritas de negritos comiendo sandía y tocando el banjo y una pirámide de tarros de galletas de cerámica, mamis bien gordas y bien negras con su delantal. Tres millones de dólares.

X X X

Mi hermana se ofreció a prestarme el coche durante la tarde si luego iba a recogerla al trabajo. La dejé delante de la consulta. Los del piquete habían vuelto. En cuanto vieron a Lisa, empezaron a gritar: «¡Asesina! ¡Asesina!». Me bajé del coche para sortear el piquete con ella y acompañarla hasta la puerta de entrada, y entonces me di cuenta de que ella recorría ese trecho sola cada día, de que yo no estaba ahí para hacer de hermano protector, de que ella no me necesitaba. Aun así, aceptó gentilmente mi escolta y me dijo que nos veríamos luego. Regresé al coche escudriñando esas caras feroces, desquiciadas y enfurecidas. Un hombre sujetaba una pancarta enorme con la foto de un feto mutilado. Agitó el puño en mi dirección. Por un instante me pareció ver la cara del hombre que, desde la barra, había estado observándonos en el restaurante, pero entonces desapareció.

4

Idea para un relato: un hombre se casa con una mujer que se llama igual que su primera esposa. Una noche, mientras hacen el amor, él pronuncia su nombre y ella lo acusa de estar pronunciando el nombre de su primera mujer. Lo cierto es que era el nombre de su primera mujer, por supuesto, pero también es el de la actual. Él le dice que no estaba pensando en su primera mujer, pero ella replica que sabe perfectamente lo que ha oído.

XXX

Di vueltas en coche por la ciudad durante un rato, y mientras conducía me di cuenta de que era posible sentirse cómodo en un coche. Mi hermana se había tomado mi cumplido sobre su coche como un insulto, y, en cierto modo, quizá mi intención había sido ésa. Yo nunca había entendido que alguien se gastara tanto dinero en cuatro ruedas. Sin embargo, el coche era cómodo y silencioso, debía admitirlo, y era muy comprensible que mi hermana quisiera poder quitar los seguros y encender los faros desde la otra punta del aparcamiento. Con todo, detrás del volante de la cosa esa me sentía fuera de lugar. Para variar. Atravesé Georgetown, subí por Wisconsin y volví a Dupont Circle por Massachusetts. Fui a casa de mi madre, quería llegar justo antes de que se echara su cabezadita: así, como ella estaría a punto de recogerse y yo tendría que ir a buscar a Lisa, podría marcharme enseguida.

—Mi Monksie está en casa —repitió mi madre.

Nos sentamos en la cocina y preparó un té.

—Estás estupenda, mamá.

—Anda ya. Soy una anciana. No sé cómo estará este té, cariño. Me lo trajo una mujer que fue paciente de tu padre.

—Un detalle —dije.

—Es una mujer muy agradable, pero, válgame Dios, es más vieja que yo. No hay manera de que entienda que tu padre ha fallecido.

Dejó las tazas y los platitos en la mesa.

—¿Dónde está Lorraine?

—Ha salido a hacer la compra.

Miré el calendario de la pared. Era del año pasado, pero estaba en el mes correcto.

—Este calendario no es de este año, mamá.

—Lisa siempre me lo dice, pero nunca me acuerdo de cambiarlo.

—Te diré lo que haremos: te compraré uno nuevo. —Mientras hablaba, me pregunté qué perjuicio estaría causándole a Lisa con la compra de un calendario para mamá. ¿Y si a la anciana le daba por explayarse sobre su procedencia? Ya lo imaginaba: las hojas de los meses irían cambiando, y Lisa, aguantando: «Mira la foto del Gran Cañón. Monksie me regaló este calendario. Se dio cuenta de que el antiguo era del año pasado».

—Aquí está. —Mamá dejó la tetera entre nuestras tazas y luego se sentó

—. Dime, ¿cómo ha ido el congreso?

—Bien. La ponencia fue bien, ya he terminado.

—Me alegro —dijo.

Se levantó para apagar el fogón por segunda vez y volvió a sentarse.

—Tendrías que ir con cuidado si quemas cosas en la chimenea —le dije

—. No la hemos encendido nunca. Es probable que el tiro esté atascado.

—Había un poco de humo en el salón, sí.

—No deberías usarla jamás.

—De todos modos, ya he terminado de quemar las cosas.

Sirvió el té.

—¿Qué quemabas? —le pregunté.

—Unos papeles, solamente. Tu padre me dio instrucciones cuando estaba en el hospital. Dijo: «Agnes, quema los papeles de la caja gris de mi

despacho, te lo ruego. ¿Me harás el favor?». Le dije que sí y luego me suplicó que no los leyera.

—¿Y los has leído?

Mamá meneó la cabeza.

—Tu padre me pidió que no lo hiciera.

Miré hacia la encimera y vi una caja azul.

—¿No irás a quemar las cosas de esa caja, verdad?

—Eso es lo que he quemado. El salón se ha llenado de humo. Nunca me ocupé del tiro. Por eso nunca encendimos la chimenea en esta casa. Porque le tengo miedo al fuego.

—Ya lo sabía, mamá.

—No te he ofrecido leche. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. —Soplé mi té y bebí—. ¿Te reúnes con las compañeras del club últimamente?

—No mucho. Todas se están muriendo. A las jóvenes ya no les interesa el bridge.

—De todos modos, y según lo que pude entender, me parece que tampoco jugabais al bridge...

—¿Eso te parece? —Rió suavemente—. Supongo que tienes razón.

La miré a los ojos y advertí su cansancio.

—Tal vez deberías echarte un ratito.

—Estoy un poco cansada. Esta noche Lorraine hará la cena. Cenaremos a las siete, pero puedes llegar a las seis para los cócteles.

—Muy bien, mamá.



Cualquiera que hable con alguien de su familia sabrá que compartir un idioma no implica compartir las reglas que rigen su uso. Digamos lo que digamos, lo que en realidad queremos decir es otra cosa, y yo sabía que, a pesar de las incoherencias y los desvaríos de mi madre, mientras tomábamos el té mamá había estado tratando de decirme algo. El hecho de

mentonar el humo en dos ocasiones; de referirse a la caja gris como «caja azul»; lo rápido y dócilmente que había admitido mis alusiones acerca de las actividades de su club. Y como yo no conocía sus reglas, que no dejaban de cambiar, sabía que trataba de decirme algo, pero no sabía el qué.

XXX

Para mi padre, el camino debía ser cuesta arriba tanto de ida como de vuelta; debía ser tan arduo como fuera posible. Por desgracia, ése fue el sentimiento que me inculcó cuando me propuse entregarme a la tarea de escribir novelas. No lo vi impresionado ni complacido hasta que le presenté un relato deliberadamente confuso y críptico. Sonriendo, me dijo: «Me has hecho trabajar, hijo». En una ocasión, cuando en un museo me quejé porque la firma de un cuadro era ilegible, me dijo: «Un cuadro no se firma para que la gente sepa quién lo ha pintado, sino porque su autor lo ama». Estaba equivocado, por supuesto, pero su opinión era tan maravillosa que ahora me gustaría suscribirla. Lo que debió de querer decir, imagino, aunque nunca había llegado a expresarlo así, era que el arte halla su forma y que nunca es una simple manifestación de la vida.

XXX

Lorraine llevaba de asistenta desde antes de que yo naciera. De niño me tenía aprecio, y de joven también. Pero cuando abrió un libro mío y descubrió la palabra «follar» dejó de tenerme aprecio. A partir de aquel momento se mostró cortés pero seca; aunque nunca demostró que mi presencia le desagradara, tampoco pareció apenarse jamás por mi marcha. Que yo supiera, Lorraine nunca había tenido otra vida al margen de la que llevaba con mi familia. Tenía sus días libres, pero yo no sabía adonde iba, en caso de que fuera a alguna parte. Incluso pasaba los veranos en la playa con nosotros. Sin embargo, no era nuestra niñera: si teníamos un problema,

acudíamos a mamá. Si necesitábamos que nos acompañaran en coche a algún lado, acudíamos a mamá. Si necesitábamos comida o ropa limpia, acudíamos a Lorraine.

—Buenas tardes, señor Monk —me dijo cuando entré en casa con mi hermana.

—¿Cómo estás, Lorraine? —le pregunté.

—Más vieja cada día.

—No lo parece —contesté.

—Gracias.

Lisa me cogió la chaqueta y la colgó en el armario como si yo fuera una visita. Volví a mirar la casa. De pequeño me encantaba: era una casa grande de dos pisos con muchas habitaciones y muchos rincones y, en el sótano, un apartamento en el que vivía Lorraine. Ahora, sin embargo, parecía fría, a pesar de lo alta que estaba la calefacción. Las cortinas que cubrían las ventanas eran pesadas; la madera del pasamanos de la escalera y las jambas de las puertas, oscura y lúgubre.

—La señora E ya está a la mesa —nos dijo Lorraine, y nos acompañó al comedor como si no conociéramos el camino.

Cuando entramos, mamá se quedó sentada en la silla. Tenía los ojos rojos y fatigados. Nos agachamos a darle un beso y nos dio una palmadita en las mejillas.

—¿Te encuentras bien, mamá? —preguntó Lisa.

—Hoy se saltó la siesta, doctora Lisa —dijo Lorraine.

Nos sentamos cada uno a un lado de nuestra madre. Serví el vino y mamá lo rechazó con un ademán.

—¿Te has tomado tus medicinas? —preguntó Lisa.

—Sí. Las tres mil pastillas. —Mamá cambió de tema—: ¿Cómo ha ido el congreso? —me preguntó; había olvidado la conversación anterior.

—Ya ha terminado, que es lo que importa.

—¿Has presentado una ponencia?

—Sí, mamá.

—¿Sobre?

—Una cosa de novelas y crítica literaria. Una cosa árida, aburrida y sin sentido. En realidad, si he venido es solamente para verte a ti.

—Qué rico, mi Monksie. Pero ¿por qué no te has quedado a dormir en casa conmigo?

—Como participante en el congreso, tengo que estar cerca de donde se leen las ponencias. —Miré a mi hermana—. Antes pasé por la clínica de Lisa. Está haciendo un trabajo excelente.

—Es igual que su padre. —Por cómo lo dijo, no quedó claro si se trataba de una cualidad. Luego mamá me preguntó—: ¿Sigues conduciendo el familiar?

—Sí, mamá.

Lorraine llegó con la cena. El rosbif era muy magro. El brócoli y la coliflor estaban demasiado cocidos, y los granos de arroz, tan separados y sueltos que cogerlos con el tenedor resultaba casi imposible. Lorraine entró un par de veces por si necesitábamos algo.

Lisa dejó el tenedor en el plato y cogió la copa de vino, que mantuvo sobre el plato sin llevársela a la boca.

—Mamá, he estado repasando las cuentas y creo que tendrás que vender la consulta de papá. Los gastos de mantenimiento son tan altos que con el alquiler no hacemos prácticamente nada.

—Era la consulta de tu padre.

—Sí, mamá. Tienes otras propiedades —dijo Lisa.

—Tu padre empezó en esa consulta en 1950. Todavía no habías nacido. Bill tenía un año.

—Bueno, pues voy a poner la consulta a la venta. Es algo que tenemos que hacer.

Lisa estaba tirando de las puntas de la servilleta, un tic de la infancia que todavía conservaba.

—Era la consulta de tu padre, cariño.

—Ya lo sé, mamá.

Lisa me miró.

—Mamá —hice que me prestara atención—, ¿cuándo fue la última vez que fuiste a la consulta de papá? —No hubo respuesta—. Ni siquiera solías

ir cuando papá ejercía. Ahora está completamente cambiada. Incluso parece distinta desde la calle. —Alargué el brazo y le cogí la mano—. Lisa sabe qué es lo que más te conviene.

—Oh, Monksie. —Mamá aspiró profundamente para reprimir unas lágrimas—. Eres un niño tan dulce... Siempre lo has sido. Y tan listo. Eso te viene de tu padre, ¿lo sabías? —Le eché una mirada a Lisa y vi que había empezado a comer—. Venderemos la consulta, por supuesto.

—Qué fácil —dijo Lisa—. Monk abre la boca, y la idea te entusiasma. Dios.

Lorraine entró en el comedor justo a tiempo de oír que el nombre de Dios estaba siendo usado en vano. Nos recogió los platos y, al salir, emitió unos «mmm, mmm, mmm...» reprobatorios.

Mamá se quejó de dolor de cabeza y comimos el postre sin decir gran cosa. Luego llegó Lorraine y nos informó de que ya era hora de que mamá se acostara. Gracias a Dios. Le dimos un beso de buenas noches a la anciana y nos quedamos mirando cómo Lorraine la acompañaba escaleras arriba.



Delante del hotel, sentado en el coche de mi hermana, me disculpé por haber metido baza en el asunto de la venta de la consulta cuando estábamos a la mesa.

—No, me has ayudado —dijo—. Gracias.

—Siento que siempre reaccione así a lo que digo.

—Tú eres especial, Monk. No me refiero solamente al modo en que mamá, y también papá cuando estaba vivo, te trata. Siempre me lo has parecido. Quería que lo supieras, eso es todo.

Miré por la ventana, hacia la calle.

—Tú también me pareces especial, ya lo sabes.

—Ya, ya lo sé.

Sonrió. Esa sonrisa suya transmitía tanta seguridad que la envidiaba. Su sonrisa siempre me relajaba.

X X X

Le di a mi hermana un beso de despedida, le dije que la llamaría pronto y entré en el hotel, donde encontré a Linda Mallory esperando en el vestíbulo.

—Hola, Linda.

—He estado pensando en tu ponencia.

—Lo siento.

—¿Te gustaría subir y follarme?

—No, Linda.

—Estoy atravesando una crisis seria —dijo ella—. Necesito sexo, de verdad. Lo necesito, es una cuestión de autovalidación.

—Lo siento, Linda.

Pasó por mi lado hecha una furia, cruzó la puerta y salió a la calle. Luego oí que fuera alguien gritaba mi nombre. Cuando me volví, vi avergonzado que los empleados del hotel y un par de huéspedes estaban observándome. Salí y, en el estrecho caminito que atravesaba el patio, vi a Davis Gimbel.

—«Llega un grito a través del cielo. Ya ha ocurrido otras veces, pero ahora no hay nada con qué compararlo» —dijo.

Esas palabras no surtieron en mí un gran efecto; solo sirvieron para anunciar cuán trastornado, agitado y demente era el estado posmoderno en el que Gimbel se hallaba. Detrás del académico bajito de la chaqueta de aviador estaban Linda Mallory, hirviendo de frustración sexual contenida, y otros tres académicos intelectualmente desamparados que ardían en deseos de presenciar una pelea.

—¿De qué va todo esto, Gimbel? —le pregunté.

—Ahora no hay nada con qué compararlo.

—Vale. —Bajé las escaleras para alejar el ruido de la entrada—. Escucha, siento que no te haya gustado mi ponencia, pero creo que has

malinterpretado algo. Nunca pienso en vosotros, chicos; mucho menos voy a escribir sobre vosotros.

Eso lo enfureció. Aunque lo reducido del espacio no le facilitaba las cosas, se puso a dar vueltas a mi alrededor. Se golpeó el pecho con el puño un par de veces y todo.

—La narrativa posmoderna no te merece mucho respeto, ¿verdad? —dijo—. Como todos los movimientos de vanguardia, nunca tenemos tiempo de terminar lo que nos proponemos.

Lo miré a la cara, iluminada por la luz de la luna y la de las farolas, y a pesar de que su rostro se había convertido en una mueca, no me pareció más feo que antes. Ni menos.

—¿Qué te proponías?

—Lo sabes perfectamente. Nos habéis interrumpido, tú y los tuyos.

—¿Los míos? ¿Os hemos interrumpido? ¿Por no haberos prestado atención?

—El mundo de la cultura, todo. Tú no eres más que un borrego.

—¿De qué diablos estás hablando, tío? ¿Estás borracho?

Siguió dando vueltas a mi alrededor. Un par de personas que pasaban por delante de la puerta del jardín se pararon a mirar.

—Si un movimiento de vanguardia alcanza sus objetivos, entonces deja de ser de vanguardia, por supuesto. El mero hecho de oponerse a las formas establecidas de creación o de rechazarlas lo aboca a permanecer inacabado. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Somos practicantes difuntos de un arte difunto.

—¿Sabes cuál es tu problema, Gimbel? —dije apartándome de él—. Estás convencido de que lo que dices tiene sentido. Y ahora, si me disculpas.

Fue entonces cuando aquel Hemingway en miniatura trató de darme un puñetazo. Esquivé el *swing* y vi cómo caía rodando sobre una azalea. Linda y los otros artistas caducos corrieron en su ayuda. Me encogí de hombros, gesto que dediqué a los perplejos transeúntes, y me alejé hacia la puerta.

Gimbel estaba de rodillas y gritaba.

—La narrativa posmoderna vino y se fue, como el viento, y tú te la perdiste. Por eso estás tan amargado, Ellison.

Me detuve; no podía creer que lo que había empujado a ese hombre a buscar pelea fuera una ponencia que yo apenas si me tomaba en serio. Desde las escaleras, descollando sobre el grupo, dije:

—No es mi intención despreciar o infravalorar lo que haces, Gimbel. La verdad es que no sé qué haces.

Gimbel recuperó el control de las piernas y se levantó sacando pecho.

—He inquietado a mis lectores. Los he incomodado. He logrado que cuestionen sus certezas históricas, culturales y psicológicas alterando las plácidas relaciones que habían establecido entre las palabras y las cosas. He llevado la batalla entre el lenguaje y la realidad a su punto crítico. Pero al tiempo que mi arte muere, yo lo creo sin proponérmelo.

Su grupito aplaudió.

—Necesitas un polvo, tío —dije.

Meneé la cabeza y crucé la puerta.



Estamos en 1933 y Ernst Barlach chasquea los nudillos mientras la taza de té que tiene delante, sobre la mesa, se enfría.

—Últimamente la mano me duele mucho —dice.

Paul Klee asiente en silencio y toma unos sorbos de té. Está triste. Acaban de expulsarlo de la Academia de Arte de Düsseldorf

—Me llaman judío siberiano.

—¿Quiénes? ¿El Schwarze Korps?

—¿Quiénes si no? Y están quemando todos los libros en los que salen fotografías de nuestra obra. Me llaman lunático eslavo.

—No se equivocan en ninguna de las dos cosas.

Ernst se echa a reír.

X X X

Eckhart: ¿Sabes que he escrito una novela, Adolf?

Hitler: Cuéntame, Dietrich.

Eckhart: La he titulado La mañana. En lo fundamental, el protagonista se inspira en mí. Es un genio literario incomprendido, un drogadicto que administra con pericia los dulces dones de la morfina.

Hitler: Confío en que sea tan impactante como tu volumen de poesía. Esos versos ofrecen angustia y belleza pura al lector.

Eckhart: Me irrita sobremanera que solo se me conozca por la traducción de ese maldito noruego. Lo cierto es que odio Peer Gynt.

Hitler: Oh, pero cómo lo transformaste... Ahora le habla al alma alemana. Por eso se ha vuelto tan popular entre el pueblo. Y piensa en lo que esa obra te ha empujado a hacer, en tus textos patrióticos y en cómo has puesto a los judíos al descubierto. Me enfrentaré a los trols contigo.

Eckhart: Si se lo permitimos, destruirán la cultura alemana.

Hitler: Entonces no se lo permitiremos.

X X X

Eckhart: Soy ein Judenfresser.

Hitler: Yo también.

Eckhart: No puedo creer que hayamos perdido la guerra. De todos modos, con esos panfletos míos la gente entenderá por qué perdimos, y que el enemigo que más debemos temer no estaba en las trincheras.

Hitler: ¿Éste cómo se llama?

Eckhart: Lo he titulado Judaismo infiltrado, judaismo al descubierto.

Hitler: A mí me gustó Austria bajo la estrella de Judá.

Eckhart: Ése le gustaba a todo el mundo. Le envié Aquí, el judío a un profesor de universidad y me lo devolvió con una nota en la que decía que estaba lleno de odio. Así que le contesté. Escribí: «Dicen que el

maestro de escuela alemán ganó la guerra de 1866. El profesor de 1914 perdió la Guerra Mundial».

Hitler: Bien dicho.

Eckhart: Tengo una idea para un periódico, un semanario al que daré el nombre de Auf Gut Deutsch. Y he estado pensando; creo que deberías ingresar en la sociedad Thule.

Hitler: Ya pertenezco a ella.

Eckhart: ¿Recitamos su lema juntos?

Hitler y Eckhart: «Recuerda que eres alemán. Mantén la sangre pura.»

XXX

Estas notas para una novela se me ocurrieron, no sé cómo, en el vuelo de vuelta a Los Ángeles. Las caras de los pirados que estaban delante de la clínica de mi hermana me sirvieron de inspiración, pero debo confesar que la relación de Hitler con el arte ejercía en mí una profunda fascinación y me recordaba a muchos puristas del arte que había conocido. Sin embargo, esas caras bañadas en odio y miedo que ardían en deseos de controlar a los demás, con esos ojos de patata tan vacíos, y la boca a punto de echar espumarajos... Todavía los oía, llamando asesina a mi hermana. Eran voces chirriantes, desgastadas, como de rosca metálica.

XXX

En el avión leí, en el *Atlantic Monthly* o en el *Harpers*, una crítica de *Aquí los del gueto*, el superventas de Juanita Mae Jenkins:

Juanita Mae Jenkins ha escrito una obra maestra de la literatura afroamericana. Con ella llegamos a oír las voces de su gente en la travesía de lo que es, de lo que solo podría ser, la América negra.

El relato empieza con Sharonda F'rinda Johnson, protagonista de una típica vida negra en un gueto anónimo. Sharonda tiene quince años y está embarazada de su tercer hijo, obra de un tercer padre. Vive con su madre drogadicta y con su hermano Juneboy, deficiente mental y fanático del baloncesto. Juneboy muere en un tiroteo con una banda rival, fulminado por una bala que, desde

un coche, atraviesa su adorado balón firmado por Michael Jordan antes de alcanzarlo. Es entonces cuando Sharonda, testigo de los aullidos de dolor de su madre, decide hacer oír su voz en el mundo de la cultura.

Sharonda empieza a hacer la calle para poder pagarse las clases de baile en el centro cívico del barrio. Un día, en clase de claqué, el productor de un espectáculo de Broadway advierte su atlética destreza: así llega el descubrimiento de Sharonda, que alcanzará la cima del éxito y le comprará una casa a su madre, pero cuyas limitaciones le pasarán factura y la harán regresar al arroyo. Aunque la intrincada trama de la novela resulta cautivadora, la auténtica fuerza de esta obra radica en su hipnotizante verosimilitud. El gueto se nos aparece con todo su exótico misterio. Los depredadores merodean por el escenario; los inocentes terminan devorados. El final de la novela, sin embargo, rehuye los tintes oscuros: nos despediremos de Sharonda mientras ella trata de reunir dinero para recuperar la tutela de sus hijos. En Sharonda hallamos, finalmente, el paradigma matriarcal de la fuerza, un paradigma negro.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó la mujer que se sentaba a mi lado.



Cuando llegué a Los Ángeles llovía. Era una lluvia del sur de California de las de verdad, que se llevó por delante laderas y casas, que inundó zonas de Newport y Long Beach y que provocó caravanas en todas las autopistas. De camino a casa descubrí que me encontraba inquieto. Mi estado no se debía al mar de luces traseras que tenía ante mí ni a las dos semanas de clase que todavía me quedaban ese semestre: algo me atormentaba. No sabía qué era. Había visto, o quizás oído, algo que me había parecido mal, pero me había olvidado del asunto, ¿qué iba a hacer, si no? Por fin llegué a Santa Mónica y a mi casa; me lavé los dientes sin cepillar demasiado enérgicamente — seguía las instrucciones que, a través del higienista, me transmitía mi dentista, todo un personaje a quien todavía no había logrado ver—, con la presión justa para interrumpir la formación de placa que me iba comiendo por dentro, y me acosté. Con la cabeza en la almohada, tuve un sueño. Primero soñé que mi padre me contaba la historia de cuando Paul Robeson se puso a cantar en el Salón de Té de Miss Madsen, en la playa, y de cuando Paul Laurence Dunbar paseaba por el muelle recitando poesías. Luego yo estaba solo en ese mismo muelle; era joven, pero no tanto para tener miedo de estar ahí tan de noche. Había una luna llena y reluciente, con un halo alrededor. A lo lejos, bajo el resplandor de la luna en el agua, imaginé que veía un banco de pejerreyes rizando la superficie. Después estaba con mi hermana, que trataba de decirme algo pero, y eso era muy raro en ella, se andaba por las ramas. «¿Me estás pidiendo ayuda?», le preguntaba, pero ella seguía hablando, diciendo cosas que yo no entendía aunque había algo en ellas que no dejaba dudas respecto de lo nerviosa que estaba. «¿Le pasa algo a mamá?», le preguntaba, pero a esto también me respondía con un

parloteo que yo olvidaba al instante. Y entonces me decía: «¿Lo has visto?». «¿Quién es la persona a la que debería haber visto?», interrumpía yo, y ella se echaba a reír por lo rebuscado de mi respuesta, y luego esquivaba el tema. Entonces me desperté.

X X X

Todas las proposiciones tienen el mismo valor.

X X X

A la mañana siguiente, después de caminar un rato por la inmensa habitación trasera que me servía de taller, conseguí sentarme a revisar el correo. Como esperaba, tenía carta de mi agente. Llevaba ya un tiempo pensando en prescindir de él: parecía dolorosamente resignado (al menos a mí su resignación me resultaba dolorosa) a la idea de que mi obra no era lo bastante comercial para hacerme rico. Aunque la idea era indudablemente cierta, uno de los cometidos de su profesión era el de alentar en mí ilusiones vanas pero optimistas. O al menos eso creía yo. Con todo, aun viendo que de ahí no iba a sacar nada, mi agente estaba dispuesto a llevar mi obra. Su carta era corta, se limitaba a presentar otra, una que había recibido él: una carta de rechazo a mi última novela.

Estimado Yul:

Gracias por dejar que le echara un vistazo al último intento de T. Ellison. Seamos serios... ¿Por qué te has molestado en enviarme la novela? Deja entrever un intelecto brillante, sin duda. Es punzante. Está escrita y construida con gran maestría. Pero ¿quién va a querer leer este rollo? Es demasiado compleja para el mercado. Y otra cosa: ¿para quién escribes este tipo? ¿Vive en una caverna perdida o qué? ¿Una novela en la que Aristófanes y Eurípides asesinan a un dramaturgo más joven y talentoso y luego contemplan la muerte de la metafísica? Venga ya.

Gracias de nuevo.

Saludos,

HOCKNEY HOOVER

X X X

A veces, cuando pesco me siento un auténtico detective. Estudio el agua y la disposición del terreno; rastrillo el lecho del arroyo para buscar larvas de insectos acuáticos. Observo en busca de puntos de desove y de actividad terrestre. Escojo la mosca, que he preparado en la orilla arrancándome un par de hebras del jersey para mezclarlas con las fibras y conseguir el color justo. Oculto tras una roca o entre la maleza, presento la mosca y espero pacientemente. En algunas ocasiones, en cambio, rebusco en los bolsillos y ato al anzuelo la pelusilla y las porquerías que encuentro para lanzarlo al agua desde un peñasco. Ambos métodos funcionan unas veces sí y otras no. Todo depende de la trucha.

X X X

Como a todo en la vida, a las clases también les llegó su final, un final puntual y acompañado de la noticia de que mi ascenso a profesor titular estaba aprobado. Sin embargo, esa noticia no contribuyó a borrar la depresión en la que me había sumido el rechazo de mi novela, que a esas alturas ya era el decimoséptimo rechazo.

—Lo que siempre dicen es que no eres lo bastante negro —me dijo mi agente.

—¿Qué significa eso, Yul? ¿Cómo saben siquiera que soy negro? ¿Eso qué más da?

—Esto ya lo hemos hablado. Lo saben por la fotografía de tu primer libro. Lo saben porque te han visto. Lo saben porque eres negro, por el amor de Dios.

—Y entonces, ¿qué? ¿Hago que mis personajes lleven un peinado a lo afro y se digan negro esto, negro lo otro para complacer a esa gente?

—Daño no te haría.

Me quedé atónito, sin palabras.

—Mira el libro de Juanita Mae Jenkins. Las ventas son una locura. Le dieron quinientos mil por los derechos de la edición de bolsillo.

«Me alegro por ella», pensé muy generoso, pero no era verdad. Juanita era una incapaz.

—Es una incapaz —dije—. Ni siquiera llega a incapaz. Un incapaz sabría leer y escribir un poco.

—Sí. Es una mierda, ya lo sé, pero vende. Y esto es un negocio, Thelonious.

No dije una sola palabra más. Colgué el auricular y me quedé mirando el teléfono.

XXX

Seguía mirándolo cuando el teléfono volvió a sonar. Era Lorraine, y estaba muy alterada.

—¿Es mi madre? —pregunté—. Lorraine.

—No, es la doctora Lisa.

—¿Qué le pasa a Lisa?

—Le han disparado.

—¿Qué?

—La doctora Lisa está muerta.

Colgué el teléfono porque no sabía qué hacer. Notaba el estómago frío. Notaba los latidos de mi corazón. Me esforcé por recordar el teléfono de mi hermano y lo marqué.

—Bill, acaba de llamarme Lorraine.

—Sí, a mí también.

—Nos vemos en casa de mamá.

XXX

A menudo me limitaba a serrar madera. Ese olor, ese tacto, el sonido de las sierras manuales o eléctricas cortando la madera a contrapelo. Practicaba con el cortaingletes y la guimbarda, el montón de patas torneadas iba creciendo. Quería poner en marcha la sierra de mesa para cortar una plancha, pero tenía que coger el coche para ir al aeropuerto. Tenía que comprobar a qué se refería Lorraine con lo de que mi hermana estaba muerta. Tenía que encontrarme con Bill en casa de mamá y entender por qué Lisa no había venido. Me subiría al avión sin saber prácticamente nada. Si el pasajero del asiento contiguo me preguntaba acerca del propósito de mi viaje, tendría que decirle que no sabía cuál era. Tal vez le diría: «Lorraine ha dicho que han disparado a mi hermana», y entonces la persona del asiento contiguo sabría tanto como yo.

X X X

Resulta increíble que una frase llegue a entenderse. Sonidos, nada más, que algún agente ha encadenado con la intención de que signifiquen algo; el significado, sin embargo, ni puede ni debe circunscribirse a esa intención. Y aunque esos sonidos encadenados en un orden característico y determinado nunca cambian, en realidad no hacen sino cambiar. Aunque las concesiones gramaticales sean pedestres, seguirá habiendo significado. Aunque las palabras resulten absolutamente confusas, seguirá habiendo significado. Aun con relaciones semánticas únicamente generales o categóricas; aunque el lenguaje humano sea algo desconocido. El significado es interno, externo y orbital, pero lo que no puede existir es un contenido proposicional. El lenguaje nunca termina de borrar su presencia del todo; en los casos en los que el significado supone una prioridad, la desaparición del lenguaje no es más que una ilusión.

X X X

Las metáforas no pueden parafrasearse.

X X X

No costaba demasiado llegar a la conclusión, correcta o no, de que Bill era homosexual. El modo en el que disfrutaba de la compañía de los hombres no tenía nada que ver con el modo en que lo hacían los hombres heterosexuales. Las maneras afeminadas, descubrí de joven, no dan la medida de la orientación sexual. Mi profesor de gimnasia, al que yo imaginaba desayunando clavos cada mañana, era gay, y si yo lo sabía no era por cómo colocaba la mano ni porque se me hubiera insinuado; lo sabía porque una noche lo vi andar cogido de la mano de otro hombre. Me escandalicé muchísimo, pero luego me contuve: lo que de verdad sentía era envidia. Él parecía tan feliz disfrutando de la noche con su amigo, los dos de la mano. Yo también quería coger una mano; la que yo quería era de chica, sí, pero seguía siendo una mano.

Bill había salido con chicas, pero durante esas temporadas siempre estaba de mal humor. No sé si papá y mamá llegaron a sospechar algo. Si lo hicieron, estoy convencido de que la situación no debió de resultar agradable. Mis padres no hablaban demasiado bien de los *mariquitas* que se exhibían en la calle, cerca de la consulta de mi padre. Plantearse la preferencia sexual, que tal cosa pudiera llegar a existir, les parecía impensable. Mi padre tenía una expresión para referirse a los hombres homosexuales. La oí en una ocasión: «Ojo». Nunca descubrí de dónde la habría sacado.

X X X

Iba conduciendo por la autopista 395 rumbo al ramal meridional del río Kern para ir a pescar. Paré un rato en el cruce de la 178 con la 395. Estábamos en verano, empezaba a anochecer; era tarde, el ambiente estaba

cargado: la hora perfecta para que los tipos raros empezaran a salir a la calle. Me senté a una mesa y la camarera, de mediana edad, me llamó «guapo» mientras un par de tíos hablaban en francés en la mesa de atrás. Cuando viajas, lo mejor es comer sin preocuparte por la salud, o al final terminas no comiendo. Estaba cortando una cosa llamada «pechuga de pollo frita» y me resultaba imposible reconocer el pollo o la pechuga, pero lo que estaba claro es que estaba frita, y cómo. En ese momento, un par de tipos flaquísimos, basura blanca con cara de subnormal y gorra de béisbol, entraron en el restaurante haciendo mucho ruido. Aunque su finísimo oído no les permitió identificar como francés esa molesta cadencia, sí detectó que se trataba de un idioma «extranjero». Se sentaron a la barra y se pusieron a echarles miradas a los francófonos hasta que ya no pudieron contenerse y se les acercaron.

—¿Sois raritos o qué? —les dijo el más flaco y larguirucho.

—¿Raritos? —preguntó uno de los franceses.

—Maricas —respondió el paleta número dos, una placa de Petri andante con las uñas larguísimas.

—Ah, maricas —dijo el francés—. *Oui*.

—Uy —repitió el paleta número uno, que miró a su colega; los dos se echaron a reír—. Salid afuera, que os vamos a reventar.

—No entiendo —dijo el otro francés.

Paleta número dos debió de acercarse a ellos. Advertí la expresión preocupada de la camarera, que, a gritos, dijo que no quería problemas.

—Afuera, maricones. No sois gallinas, ¿no? Somos dos contra dos. Es justo.

—En realidad, sois dos contra tres —dije.

Me metí en la boca el trozo de pollo que tenía en el tenedor.

El paleta número uno se acercó a mirarme.

—Me parece que el negrito se ha enfadado —le dijo a su amigo riendo.

Mastiqué la comida tratando de recordar todas las poses exageradas que había tenido que aprender cuando era un adolescente menos desarrollado que la media.

—¿Tú también eres maricón? —preguntó.

Con una señal, le hice ver que estaba masticando, acción que lo dejó ligeramente confuso. Durante un instante fugaz alcancé a detectar su miedo.

—Es posible —respondí.

—También quieres pelea, entonces.

Yo no quería pelea, pero lo cierto es que ya estaba peleando. Les dije lo siguiente, de lo que todavía me enorgullezco: Muy bien, si hay que pelear, peleemos. Pero recordad que ésta es una de las decisiones más importantes que tomaréis jamás.

Me había pasado de la raya. Su miedo fue creciendo hasta convertirse en rabia, y el paleta se apartó de un salto y me pidió a gritos que me levantara. Me entró miedo de tener que hacer algo que no se me daba demasiado bien: pegar puñetazos. Me puse en pie y, aunque no soy un fideo, tampoco abultaba muchísimo más que ellos. El paleta número dos empezó a gritarles a los gays que se levantarán.

Se levantaron, y entonces deseé haber llevado conmigo una cámara de fotos para capturar la expresión de ese par de pueblerinos babosos. Los franceses eran enormes, medirían dos metros por lo menos, y tenían un aspecto muy saludable. En su retirada, los paletos tropezaron y salieron del restaurante a gatas.

Los dos hombres me preguntaron si quería sentarme con ellos, pero yo reía; no me reía del espectáculo ofrecido por el par de palurdos que habían salido corriendo, sino de mi propia frescura, de mi atrevimiento. De haber pensado que aquel par iba a necesitar mi ayuda.

C'est plus qu'un crime, c'est une faute.

XXX

Me imaginé a mi hermana visitando a una paciente, una niña cuyo nombre a mi hermana le horrorizaba; me la imaginé examinándole las orejas, bromeando, preguntándole si el morado era su color favorito, porque tenía la garganta de ese color. La niña se reía y mi hermana reñía a la madre y le

recetaba antibióticos. Acompañaba a la madre y a la niña por el pasillo hasta la entrada, donde una adolescente asustada se revolvía en la silla, nerviosa, al ver a mi hermana. La recepcionista le decía algo a mi hermana y le pasaba unos gráficos. Mi hermana se sacaba un bolígrafo del bolsillo superior de la chaqueta, marcaba un par de puntos y escribía un par de iniciales en otros dos. Luego la niñita le tiraba de la falda a mi hermana y todo quedaba en silencio mientras mi hermana la miraba con las cejas muy arqueadas. Sonido de nuevo. Cristales rotos, gritos, el estrépito de sillas cayendo al suelo. La boca de mi hermana formaba palabras que ni siquiera mi imaginación es capaz de distinguir, y poco después estaba muerta.

X X X

La policía llamó al timbre de la casa de mi madre. Ella pensó que venían a leer el contador del gas. Le contaron lo de mi hermana. El agente, una mujer, dijo:

—El fallecimiento se certificó en el lugar de los hechos.

Mi madre se aflojó la correa del reloj y volvió a cerrarla, y a continuación dijo:

—Gracias por venir a contármelo. ¿Me haría el favor de decírselo usted a Lorraine?

Llamó a Lorraine para que fuera a la sala.

En cuanto Lorraine vio a la policía, el pánico se apoderó de ella. Las manos le empezaron a temblar.

—Lorraine —dijo mamá—, estos agentes tan agradables tienen algo que decirte. Yo estaré arriba, es la hora de la siesta.

X X X

Cogí un taxi del aeropuerto a casa de mi madre, y cuando el coche atravesaba el puente de la calle Catorce miré hacia abajo, hacia el río. Tenía

unos recuerdos vagos e inquietantes de todo lo que, de niño, había salido mal, de las veces en que le hice daño a mi hermana sin querer, de las veces en que le hice daño queriendo, de los chicos que le rompieron el corazón, de las notas que no fueron tan buenas como ella esperaba; de cuando Bill la ignoraba y yo la ignoraba y mamá me hacía más caso a mí. Yo la admiraba, pero apenas la conocía, y todo era culpa mía, tenía que serlo, porque ella ya no estaba viva para echarle la culpa. Pero estas ideas eran una farsa y las abandoné rápidamente para estudiar con detenimiento mis obligaciones familiares.

En casa de mi madre, fue mi hermano quien abrió la puerta. Aunque nuestra pena era muy real, nuestro abrazo solo sirvió para aumentar la distancia que nos separaba.

Nos apartamos un poco y nos miramos.

—¿Cómo está mamá? —pregunté.

—Está durmiendo. Le he dado algo. Hace un par de horas que he llegado. La que está que se sube por las paredes es Lorraine. También le he dado algo.

—Quizá después podrías darme algo a mí —le dije—. ¿Ya has averiguado qué pasó?

—Alguien entró en la clínica y disparó a Lisa. He hablado con la policía hace media hora. Fue con un rifle.

Entré en el salón y me senté en el sofá.

—¿Han cogido al que lo hizo? —pregunté. La pregunta me pareció tonta, una preocupación sin sentido. En realidad, daba igual. Lisa estaba muerta y nada iba a cambiar eso—. ¿Saben por qué?

—Cosa de un fanático, creen. Uno de esos idiotas antiabortistas.

—Cuando estuve por aquí, Lisa me habló del asesinato de Maryland —dije—. Dios, no me lo creo. Al llegar a casa, todavía confiaba a medias en que Lisa me abriría la puerta.

—Yo también.

—Debería subir a ver a mamá.

—Sí, supongo. Está bastante ida. Y después tendríamos que ir a casa de Lisa para repasar sus papeles, por si dejó instrucciones.

X X X

Mamá, como me había dicho Bill, estaba bastante ida. Me miró, aturdida, y se preguntó en voz alta si yo era mi padre.

—¿Eres tú, Ben? —dijo—. Se nos han llevado a la niña.

—No, mamá, soy yo, Monk. Tú descansa, ¿vale? —La ayudé a echarse para que se acomodara sobre la almohada—. Duerme un poco.

—Mi niña ha muerto —dijo—. Mi pequeña Lisa nos ha dejado.

X X X

Klee: ¿En qué piensas?

Kollwitz: ¿Por qué los hombres sanguinarios son siempre tan mojigatos? ¿Por qué se muestran tan hostiles a la sexualidad y a las imágenes del cuerpo?

Klee: Te refieres al del bigote.

Kollwitz: Tú sí que tuviste suerte de irte cuando te fuiste. Yo no fui capaz de decidirme a abandonar mi hogar. Pero volvamos al tema. A ese monstruo y a los que son como él las ridículas ninfas de Mueller les parecen tan amenazantes como la obra de Kirchner.

Klee: Ferkel Kunst.

Kollwitz: ¿Disculpa?

Klee: Nuestra obra. Así es como la llama él.

Kollwitz: Perdí a mi hijo en la primera guerra y temo perder a mi nieto en esta. Y todo por un hombre que tiene miedo de su pilila.

Klee: Y de las pililas de los demás.

Kollwitz: Han creado un nuevo departamento, el Comité de Tasación de Arte Degenerado. Les venden nuestras obras a extranjeros. Las han regalado, prácticamente, y han quemado el resto. Quiero que las cenizas de la hoguera se mezclen con mis pinturas.

Klee: Maravillosa idea.

Kollwitz: Imagina cómo deben de oler esas cenizas.

Klee: Ya.

X X X

El apartamento de mi hermana estaba lleno de vida. Nunca llegué a conocer sus gustos de adulta. Le gustaban los colores pastel. Escuchaba R&B. Le gustaban las fotografías en color de caballos y pájaros. Tenía la cama pulcramente hecha. Tenía la cocina limpia. El olor de su baño era dulce. Al lado del lavabo vi la caja para los anillos que le hice cuatro años atrás.

La tapa era de marquetería. Entonces me acordé de cuando hice la caja y de que mientras la hacía deseé que le gustara tanto como yo había disfrutado construyéndola. Levanté la tapa y observé detenidamente la incrustación de madera de arce. El tiempo la había oscurecido, pero seguía siendo bastante más clara que la caja de ébano. En la caja había un anillo, y supuse que sería el de su boda.

X X X

Lisa quería que la incineraran y eso fue lo que hicimos. Quemamos el cuerpo y guardamos las cenizas en una urna que llevamos a casa y colocamos en la repisa encima de la chimenea que nunca se usaba. Mamá lloró. Lorraine lloró. Los pacientes de Lisa, sus colegas, su ex marido sin la nueva mujer, todos asistieron al funeral en la iglesia episcopaliana a la que mi familia nunca iba, y todos lloraron también. De joven yo despreciaba la religión. Luego pasó a resultarme indiferente; observar sus trampas me causa cierta diversión, y los practicantes casi siempre me parecen un poco torpes y lerdos. Todos le dirigieron sus palabras a su dios y Lorraine pudo descansar un poco más tranquilamente. Luego volvimos a casa y nos sentamos a la mesa de la cocina. Bill y yo nos sentamos a la mesa después de darles a mamá y a Lorraine algo que las hiciera dormir.

X X X

Bill me preguntó si seguía construyendo sillas.

Yo le dije que sí. Luego le pregunté dónde estaban Sandy y los niños.

Él me dijo que en Arizona.

Bill me preguntó si iba a salir algún libro mío pronto.

Yo le dije que estaba tratando de vender uno.

Él no me preguntó de qué iba.

Yo le pregunté dónde estaban su mujer y sus hijos.

Bill me contó que le había confesado a Sandy que era gay y que ella lo había llevado a juicio y se había quedado con los niños, la casa y el dinero. Con todo. Me contó que la consulta iba mal porque todos sabían que era gay.

Yo le pregunté cómo podían pasar cosas así.

Él me dijo que vivía en Arizona.

—En realidad, Sandy se lo merece todo. He estado mintiéndole durante quince años. He puesto su vida en peligro, o eso cree. Y, de todos modos, el juez le creyó a ella. He confundido a mis hijos, y les llevará un buen tiempo entender qué ha pasado. Si es que llegan a entenderlo. Me merezco lo que me ha tocado en suerte, que a fin de cuentas viene a ser nada de nada. No puedo mirar a mis hijos a la cara. Debo más dinero del que gano. Y vivo en Arizona.

X X X

Lo sentía mucho por mi hermano; estaba realmente impresionado por lo comprensivo que se había mostrado con el enfado de su mujer y la confusión de sus hijos, pero lo triste era que, de su confesión de culpa y fracaso, el dato que más me había interesado era el de que debía más dinero del que ganaba. Mamá necesitaba que la cuidaran, y yo no creía que Bill fuera capaz de hacerlo. Lorraine era casi tan mayor como mamá y quizá

necesitara los mismos cuidados que ella; que yo supiera, no tenía familia. Todas las luces me iluminaban a mí. Contemplaba, muerto de miedo, con dolor de cabeza y picor en el cuello, cómo la vida que había llevado hasta entonces cambiaba ante mis propios ojos. Seguía sentado a la mesa de la cocina con Bill, pero ya estaba desmontando mi apartamento de Santa Mónica.

¡Pobre de mí! Un hombre sin religión, sin una triste mentira que pudiera decir que fuera mía. Entregando una vida a cambio de otra, amando como sabía que debía, y, quizá lo más importante, tratando de estar a la altura de mi hermana. El tiempo me parecía algo ajeno por completo, ¡como si alguien estuviera cronometrándome mientras dormía, andaba y comía! Mentalmente le decía a mamá que regresaría pronto, pedía una excedencia y dejaba las clases, metía mis cosas en un trastero, hacía las maletas, volaba rumbo al este en un L1011, sentado al lado de una mujer de la edad de mi madre —ochenta y dos— que iba a una convención de criadores de rosas en Georgia, y me instalaba con mamá y Lorraine.

Me senté en el salón; no corría el aire y hacía demasiado calor. Me había preparado un té y estaba tratando de mantener la ansiedad y la imaginación bajo control. Me puse a escuchar los sonidos de la vieja casa, la casa de mi infancia, la casa en la que había conocido a mi hermana. Bill estaba durmiendo. Mamá y Lorraine llevaban rato dormidas. Los crujidos de la casa se hicieron rítmicos, y me puse a contar la cadencia de los gruñidos, las quejas, los calambres. Consideré la posibilidad de que ese intento de convencerme a mí mismo del traslado a Washington, a casa de mi madre, fuera algo prematuro, pero no conseguí desechar la idea. Tras la revelación de la penosa situación personal de mi hermano, el absentismo de jure se transformaba en culpabilidad de facto; en la práctica, era como si ya me hubiese mudado.